

PUNTO
ROJO

B&B



DESDE EL MAS ALLA

mikky roberts

MIKKY ROBERTS

DESDE EL MAS ALLA

1.^a EDICIÓN
AGOSTO - 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 16975 - 1962

PRINTED IN SPAIN • IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 3630/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

ULTÍMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

711. — Legado sangriento

En Colección SERVICIO SECRETO:

588. — Sangre sobre mí.

En Colección BUFALO:

395. — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

300. — Falso rural.

En Colección SALVAJE TEXAS:

271. — La ciudad del crimen.

En Colección COLORADO:

129. — Tras las huellas del muerto

En Colección KANSAS:

174. — Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

160. — Oro líquido.

En Colección BRAVO OESTE:

80. — Seis muertos con el "Colt"

En Colección PUNTO ROJO:

10. — ¡Plástico!

Desde el MÁS ALLÁ

por
MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

Frank Conrad metió la punta de la plegadera en una esquina del sobre y lo rasgó con un movimiento preciso que repetía innumerables veces cada mañana, cuando abría la correspondencia. Desde hacía tres días el correo había aumentado con la afluencia de cartas de pésame de distribuidores, agentes comerciales y clientes que expresaban su condolencia por la trágica muerte de Alistair Champion, presidente, y prácticamente, dueño absoluto de la "Ceylon's Tea Company", empresa importadora del té ceilandés.

Eran unos días de trabajo duro y de gestiones penosas. Habían quedado demasiados asuntos sin resolver, entre ellos una reunión de distribuidores, y Frank había tenido que hacer frente a la situación con sus dotes de secretario eficiente y de hombre de confianza del fallecido Champion.

Frank sacó la carta y la leyó. Estaba fechada en Nueva York, y la firmaba León Morris, el Administrador de las plantaciones de té que la Compañía poseía en Ceilán. No aludía para nada a la muerte de Champion, lo cual hacía pensar que todavía no estaba enterado de la noticia, y anunciaba su llegada a Los Ángeles para dos días después.

En aquel momento sonó el interfono situado sobre la mesa de

Frank. Este, automáticamente, alargó la mano y pulsó el conmutador.

—Frank, ¿puede venir un momento?

La comunicación cesó y Frank retiró el sillón giratorio para acudir a la llamada. Dejó la carta a un lado y miró la puerta que comunicaba con el despacho de Champion.

Solo entonces se dio cuenta de lo ocurrido, y un escalofrío recorrió su espalda.

Acababa de oír la voz de Alistair Champion.

Miró el interfono y luego la cerrada puerta de caoba. Se humedeció los labios. El sudor brotaba de su frente. ¿Habían sido sus nervios?

De pronto se decidió y fue hasta la puerta del despacho que había ocupado Champion hasta su muerte. El corazón golpeaba su pecho hasta hacerle daño, pero presionó en la manecilla para entrar.

La puerta no cedió.

Estaba cerrada por dentro y él había salido por ella hacia solo unos minutos.

Ya no vaciló. Allí había alguien.

Corrió a la puerta-ventana de su propio despacho y salió al jardín, sorteó unos macizos de flores, saltó por encima de un pequeño estanque y se detuvo ante el ventanal del despacho de Champion.

Estaba abierto, y él recordaba muy bien haberlo dejado cerrado poco antes.

Empujó las dos hojas y entró.

No cabía duda. Había entrado alguien, según indicaban unas húmedas huellas dejadas allí por el visitante.

Pero ya no estaba. No podía ocultarse en ningún rincón de la amplia estancia despejada de muebles pesados. Solo la gran mesa escritorio y el tresillo de piel en el fondo podían ofrecer refugio a un intruso, pero Frank comprobó que nadie estaba tras ellos.

Sacó el pañuelo y volvió a enjugarse la frente. No eran sus nervios fatigados por el intenso trabajo de los últimos días. Alguien estuvo allí y le había llamado por el interfono. Alguien. La voz de Champion.

Pero Champion estaba enterrado en el mausoleo de la familia; él lo había visto dentro del féretro y antes en la Morgue, adonde fue para identificarlo. Alistair Champion estaba muerto. Y su final no había tenido nada de agradable, dentro de su coche, en uno de los precipicios de la costa. El vehículo se había incendiado, pero el

fuego solo había devorado la parte inferior del cuerpo de Champion, no su rostro ni sus manos. Él y su viuda y sus amigos lo habían identificado sin lugar a dudas, y la policía, por su parte, comprobó las huellas dactilares.

Pero Champion había estado en aquel despacho, unos segundos antes.

Frank no podía equivocarse respecto a su voz, después de diez años de trabajar a su lado.

Sacudió la cabeza. Le dolía. Y pese al calor del verano californiano sentía frío. Un frío nacido en sus huesos y que lo producía el miedo.

Cerró la ventana con cuidado y tropezando casi con sus propios pies soltó el pestillo de la puerta y pasó a su propio despacho.

Se dejó caer en el sillón y se cogió la cabeza con las manos.

La puerta, se abrió en aquel instante y Frank alzó la cabeza, alarmado. Shirl Britten, una de las empleadas de su secretaría, le miró con extrañeza.

—¿Le ocurre algo, señor Conrad?

Frank se pasó la lengua por los labios y tardó en responder. Shirl cerró la puerta cuidadosamente a su espalda, intuyendo que sucedía algo anormal, y avanzó hacia la mesa de su jefe. Frank no la miró a pesar de que la muchacha lucía un modelo veraniego, escotado y con estrechos tirantes que modelaba su juvenil cuerpo y permitía mostrar algo de sus evidentes encantos.

Ella se detuvo al otro lado de la mesa y dejó sobre el escritorio el bloc de notas que traía.

—Frank —Shirl solía llamarlo por su nombre de pila en los momentos graves— parece como si hubiera visto un fantasma.

—No sabes hasta qué punto eso es cierto.

La muchacha parpadeó y se inclinó más sobre el escritorio.

—¿No quiere hablarme de ello?

Conrad se levantó y fue hasta la abierta puerta del despacho de Champion: todo seguía normal. Luego volvió sobre sus pasos y se detuvo a escasa distancia de la muchacha.

—No es normal, lo sé. Te causará risa y, quizá, me llamarás visionario, pero el jefe acaba de llamarme por el interfono desde su despacho.

Shirl no pareció darse cuenta de momento.

—Sin duda le llamó alguien por otra línea...

—No, no. Era él. Estoy seguro. Conozco su voz, su acento levemente nasal, como si perpetuamente estuviera resfriado. Además, acababa de salir de su despacho, y cuando oí su llamada

acudí al instante... pero la puerta estaba cerrada por dentro, ¿comprendes? Entonces supe exactamente que alguien estaba allí y di la vuelta por el jardín. ¿Sabes lo que encontré en el suelo de su despacho? Huellas —prosiguió sin esperar a que ella respondiera—. Huellas húmedas. Quienquiera que entró lo hizo por el jardín y debió pisar alguna zona húmeda.

Shirl se separó de él y penetró en el despacho de Champion. Sus ojos recorrieron atentamente las losas verdes.

—No veo ninguna huella, señor Conrad.

Frank acudió al escuchar a la muchacha y miró por encima de su hombro. Era cierto. Las señales habían desaparecido.

—Con este calor se han evaporado las marcas.

La muchacha giró sobre sus altos tacones y quedó frente a su jefe. Era alta y espigada, pero sus líneas estaban llenas. Los rubios cabellos caían en corta melena suelta y sus ojos verdes, límpidos y luminosos, eran vivos y expresivos. Los rojos labios temblaron un instante.

—Tiene que descansar, Frank. Han sido demasiadas emociones.

El rostro habitualmente moreno de Conrad estaba pálido, y su despejada frente aparecía cubierta de arrugas. Los ojos oscuros vagaban de un lado a otro, tratando de descubrir la clave de algo incomprensible.

—¿Te aseguro que no ha sido un producto de mis nervios, Shirl!

—afirmó, tomándola de los hombros con vehemencia.

La muchacha no deseó que terminara aquel contacto. No había en ella miedo, sino un tierno deseo de servir a aquel hombre y calmarle en su agitación. Shirl había soñado muchas veces con encontrarse entre los brazos de Frank y besarlo.

Sus largas pestañas fueron bajando hasta que sus ojos casi se cerraron mientras acercaba lentamente su rostro al del joven secretario de la Compañía.

Crujió la puerta y Frank se estremeció, Shirl retrocedió un paso, pero ya les había visto Rosemary Champion, enteramente vestida de negro, radiante en su atuendo de viuda.

—Sin duda tendrá usted algo más importante que hacer, ¿verdad, Shirl? —preguntó inquisitivamente, desde la puerta, dejándola ostensiblemente abierta para que la empleada saliera.

La muchacha recogió el cuaderno, y con las mejillas encendidas salió del despacho de Conrad.

Este trató de mostrarse natural.

—No esperaba verte por aquí, Rosemary —comentó.

La hermosa mujer avanzó hacia él. Era muy bella, muy elegante,

muy distinguida. Cualquier adjetivo se hacía en ella superlativo. Frank se dijo que el negro era un color que armonizaba con su piel, suavemente dorada y con el fulgor de sus ojos pardos. Por eso, quizá, sus cabellos eran negros también.

La voz de contralto, acostumbrada a dar órdenes, sonó otra vez.

—Imaginaba que te hacías respetar lo suficiente como para no tener devaneos con las chicas de la oficina.

Conrad exclamó, molesto:

—No hay nada de lo que imaginas.

—No es preciso que te justifiques, Frank. No tengo ningún derecho, ¿verdad?

Estaba muy cerca de él. Demasiado, para ser correcto. Frank se removió dentro de su traje veraniego, incómodo.

—Ha... ha ocurrido algo... siniestro, Rosemary.

Ella no se movió. Le taladraba con la vista.

—No trates de distraerme, Frank. Tú sabes la confianza que tengo en ti. Después de la muerte del pobre Alistair me he convertido en presidente de la Compañía. Tú podrías ocupar ese despacho —y señaló el de su marido—, si yo tengo verdadera fe en ti.

Frank señaló uno de los sillones y la invitó a sentarse. Estaba tan aturdido que precisaba un poco de tiempo.

—Creo que a lo largo de mi trabajo he dado buenas pruebas de mi lealtad a la Compañía... —empezó, vagamente.

Ella se acomodó en un sillón de línea moderna, situado frente al muchacho y cruzó sus piernas sin mucho cuidado. La larga y esbelta pierna femenina fue, por un momento, lo más importante del despacho, pero Frank alzó los ojos para encontrarse con la mirada burlona y segura de Rosemary.

—Lo que yo te pido es fidelidad hacia mí, Frank.

—¿Qué puedo hacer?

—Si piensas un poco lo sabrás.

Quedaron en silencio. Frank trataba de hallar alguna frase que demostrara su buena disposición, pero no acertaba con el tono justo. Ambicionaba ser presidente de la Compañía, por supuesto. Era la meta de su vida. Pensando en algo parecido había trabajado aquellos diez años, sin apenas vacaciones ni momentos de descanso. Champion y él habían sido los motores de aquella vasta organización, cuyas ramificaciones se extendían por cinco continentes, y ahora, cuando aquella puerta parecía significativamente abierta, Rosemary parecía brindarle el sillón presidencial.

¿A cambio de qué?

Trató de despojarse de su turbación y miró a la mujer con frialdad, como si fuera la primera vez que la contemplara. Rosemary se había casado con Champion tres años atrás. Desde el primer instante comprendió que ella necesitaba un hombre más dispuesto a consagrarse a su mujer que a los negocios. Ella era violenta, autoritaria y... apasionada. De un modo intuitivo, Frank la había temido desde el principio, aunque siempre había tratado de disimularlo. Champion organizaba fiestas de vez en cuando, casi siempre con objeto de reunir a diversos clientes para tratar asuntos comerciales. En aquellas ocasiones Frank había tenido que atender al resto de los invitados, a las esposas de los clientes, y especialmente, a Rosemary.

Cuando bailaban, ella derruía las barreras que los separaban y parecía gozar torturándole. Por supuesto, Frank sabía cuáles eran sus obligaciones y entre ellas no estaba, en absoluto, la de hacer el amor a Rosemary, pero ella parecía ignorarlo.

Se hicieron buenos amigos; luego, ella dejó de asediarlo y Frank dejó de mantenerse a la defensiva. Eso había hecho más fácil su trabajo al lado de Champion; sin embargo, siempre que miraba a Rosemary no dejaba de advertir el fuego no demasiado oculto de aquella mujer.

—He dedicado mi vida a esto y... creo conocer el negocio mejor que cualquier otra persona.

Se incorporó ella y se alisó el vestido sobre las caderas. Frank se puso en pie también y Rosemary alzó el corto velito que descendía del negro sombrero.

—Tendrás que despedir a esa chica, Frank. Es... frívola.

Conrad fue a decir algo, pero Rosemary acortó la ya escasa distancia que los separaba y lo besó en los labios.

Resultó hipnótico. La boca femenina era carnosa, roja y perfumada. Hacía pensar en un edén de inextinguibles placeres. Luego, tan súbitamente como se había acercado, Rosemary retrocedió y dejó caer el velo.

De su bolso sacó una polvera de plata, y en el espejito comprobó que el carmín no se había deteriorado. Frank, junto a la mesa, aferrándose al tablero con las manos a la espalda, informó cruelmente:

—Tu marido acaba de llamarme por ese interfono.

La polvera cayó de las manos de Rosemary, y abierta como estaba, se volcó su contenido por las losas de mármol y el espejo saltó en varios fragmentos.

Los ojos femeninos se habían agrandado ante la impresión causada por la noticia.

—¿Qué... has dicho?

Frank sentía deseos de vengarse. Rosemary había estado jugando con él, le había besado, incluso, abusando de su posición. Era mucho más de lo que su dignidad podía permitir.

—Por eso te dije antes que había ocurrido algo siniestro.

—Pero... no... ¡no es posible! —casi chilló. Su voz, de poderosas inflexiones, llenó el amplio despacho—. ¡No...!

Se dejó caer en el sillón en el que había estado sentada y quedó con la vista fija en el hueco de la puerta que comunicaba con el despacho del presidente, como si viera un fantasma.

—¿Por qué quieres aterrorizarme? —preguntó al cabo de un largo minuto—. ¿Es que te has vuelto loco?

—Oí su voz, Rosemary; la conozco muy bien. Llamó desde su despacho, cerró la puerta y quienquiera que fuese salió por el jardín. Vi las huellas.

—¡No es posible! ¡Alistair está muerto!

—Sí, lo sé. Yace en el panteón familiar, pero su voz sonó dentro de este aparato.

—¿Crees en fantasmas?

—No.

—¿Y en el espiritismo?

—Soy demasiado incrédulo.

En un murmullo, Rosemary musitó:

—Tiene que haber sido una broma...

—Un poco siniestra, ¿no crees?

Ella asintió, había perdido color y sus ojos grandes y expresivos miraban en torno, nerviosamente, como un animal acorralado.

—¿Quién...? ¿Quién pudo ser?

Frank se encogió de hombros.

—No lo sé. La razón me dice que no pudo ser Champion, pero mis oídos no se equivocaron.

Rosemary se alzó de pronto y se aferró a las solapas de la chaqueta de Conrad.

—¡Tienes que ayudarme, Frank!

—¿Te amenaza algo o alguien...?

—No; pero... esa voz... Es demasiado horrible y tú lo sabes.

—Sí; y me estoy preguntando qué puede perseguir la persona capaz de suplantar a Alistair.

Ella desfalleció y Frank la sujetó de la cintura.

—Te llevaré al coche. ¿Trajiste chofer?

—No.

—Seré yo entonces quien te lleve a casa. Tú también necesitas descanso.

Sujetándola por el brazo para ayudarla a caminar, Frank atravesó la oficina donde varias secretarias tecleaban furiosamente en sus máquinas a despecho del calor. Frank tropezó con la mirada de Shirl, y en ella advirtió una expresión furiosa que no acertó a interpretar.

El coche de Rosemary estaba aparcado ante el edificio de la Compañía. Era un convertible color fresa tan llamativo y personal como su dueña. Frank la ayudó a ocupar su asiento y él pasó tras el volante. El tráfico de Los Ángeles a aquella hora próxima al mediodía era aterrador. Miles de coches llenaban las enormes avenidas de la gran ciudad californiana, y Frank tuvo que atemperar la velocidad del convertible a la de los miles de vehículos que le precedían.

Durante el trayecto no hablaron en absoluto. Frank de vez en cuando, miraba el rostro femenino tratando de adivinar lo que pasaba por la mente de la hermosa mujer, pero aquella máscara inexpresiva no permitía ninguna deducción. Una cosa era cierta, sin embargo: estaba preocupada, y desde que había sabido lo ocurrido, su cuerpo parecía menos provocativo, como si algo en su interior se hubiera apagado.

Cuando llegaron a la residencia de Champion encontraron a alguien tendido cómodamente en una hamaca, en el jardín. Frank no lo reconoció de pronto y solo cuando se puso en pie se dio cuenta de que se trataba de Rod Taylor, el hermano de Rosemary.

—Es usted muy amable trayendo a casa a mi hermana, Conrad —dijo a modo de saludo—. ¿Te encuentras bien, querida?

—No del todo, por eso me acompañó Frank. ¿Quieres tomar algo? —preguntó, dirigiéndose al secretario de la Compañía.

El muchacho negó.

—Tengo prisa. Hay muchos asuntos pendientes en la oficina.

Rod compuso una sonrisa de superioridad.

—Es muy eficiente Frank, ¿verdad, querida? Es una suerte que contemos con sus servicios.

Conrad miró al hermano de Rosemary. No necesitaba hacer ningún esfuerzo para sentir aversión hacia aquel individuo, Frank veía en él al clásico vividor, incapaz de trabajar en algo decente, pero demasiado inclinado a las cosas agradables de la vida. No se extrañaría de saber que estaba dispuesto a vivir a costa de su hermana toda su vida y a hacerlo, además, como un potentado.

—Precisamente le hablé de la posibilidad de que sustituyera al pobre Alistair en su despacho.

A Frank le sonaba todo aquello un poco falso. Había veces en que pensaba que aquella pareja desentonaba profundamente con la forma de ser de Alistair Champion. Podía comprender, ciertamente, que un hombre en el otoño de su vida añorase el calor y la vitalidad de una mujer como Rosemary. Ello, sin embargo, no le apartaba de la idea de que su jefe había cometido un error casándose con ella.

—Celebro haberte podido ser útil, Rosemary.

Hizo un gesto de despedida hacia Taylor y salió a la calle. Casualmente, un taxi pasaba por allí y lo llamó. Cuando se recostó en el asiento, cerró los ojos y volvió a oír en su cerebro el sonido peculiar de la voz de Champion.

Por alguna asociación de ideas recordó a Hamlet. También en aquel drama alguien que estaba muerto volvía con su voz aterradora al mundo de los vivos.

Pero allí, el buen rey había muerto asesinado.

CAPÍTULO II

Cuando llegó a la oficina, los empleados salían para el almuerzo de mediodía. Casi en la puerta tropezó con Shirl. Su aire juvenil le recordaba siempre la vitalidad de los animales salvajes de los bosques; hermosos y elásticos en su primitivismo.

—Te acompañaré en el almuerzo, Shirl —dijo Frank, acompasando su paso al de la muchacha.

Pero ella le miró fríamente.

—Esta es mi hora libre, señor Conrad. Mi vida privada no interesa a nadie.

—¡Shirl! —exclamó él, sorprendido.

Ella pasó de largo, no sin decir antes:

—Hizo mal en abandonar a la señora Champion; le conviene cuidar su amistad.

Desapareció, y Frank quedó en el porche del edificio, confuso por la inesperada reacción femenina.

Se encogió de hombros y entró en las dependencias. No tenía apetito, y si había decidido acompañar a Shirl fue tan solo con el propósito de distraer su mente.

Entró en su despacho y se dejó caer en el sillón giratorio. Nadie había tocado sus papeles. La puerta que comunicaba con el despacho de Champion continuaba abierta, pero todas las ventanas habían sido cerradas por algún conserje para evitar la entrada de intrusos. Frank abrió las de su despacho y accionó el sistema de refrigeración para renovar el aire.

El teléfono repiqueteó en aquel instante. No era conectado con la centralilla, sino uno directo con la calle.

—¿Sí? —preguntó al descolgarlo.

—Frank —Conrad sintió un escalofrío similar al experimentado un par de horas antes cuando escuchó la voz de Champion por el interfono—, esta mañana te he dado a conocer mi presencia entre vosotros, y lo único que se te ha ocurrido ha sido besar a Rosemary y acompañarla a casa.

—¿Quién... quién es usted? —balbuceó, inundada su frente por el sudor.

—¿No me reconoces? Soy Alistair, tu jefe. A los muertos se les olvida realmente muy pronto.

—Pe... pero... ¡No es posible! Yo mismo le vi... Se interrumpió,

demasiado confuso para continuar.

—¿En la Morgue? Sí, ya sé. Me di cuenta de tu visita. Pero he vuelto, Frank.

—¿Qué... tonterías son esas?

Su interlocutor no pareció impresionado por la incredulidad del que había sido su secretario.

—Te diré algo más, Frank. Lo sé todo.

El muchacho apretó el auricular, colérico.

—Esta es una broma que...

—Un asesinato no es nunca una broma, Frank.

El secretario de la Compañía se dejó caer en el sillón giratorio.

—¿Ha dicho... asesinato?

—Sí.

La tensión se hacía insoportable. Frank sacudió la cabeza para despejarla como si sufriera una pesadilla y de pronto se rehízo.

—¡No voy a seguirle el juego! —y colgó furiosamente.

Durante un par de minutos permaneció inmóvil, respirando ruidosamente. Empezaba a comprender lo que sucedía. Era un caso claro de chantaje o amenazas al socaire de la muerte de Champion. Siempre que había un accidente raro se producían hechos como aquel, anónimos y perversos. Era estúpido pensar en otra cosa.

Sin embargo, era la misma voz de Champion, de eso no cabía duda.

Súbitamente, tomó una decisión. Guardó todos los papeles y abandonó la oficina para dirigirse a un pequeño restaurante de la calle Mayo.

Cuando entró en el concurrido local, lo abandonaban los clientes con cierta precipitación a causa de la hora. Sin embargo, exhaló un suspiro de alivio al reconocer las anchas espaldas del teniente Vinson, que ocupaba el rincón más sombrío y fresco del restaurante.

Frank se detuvo ante la mesa y el policía alzó el rostro al percibir la presencia de alguien frente a él.

—¿Ocurre algo, Conrad?

Frank tardó en responder. De pronto, le parecía todo pueril y su reacción al huir de su oficina y buscar el consuelo del teniente, una estupidez.

—Siéntese y tome algo. Imagino que habrá almorzado, así que pida café —invitó el teniente Vinson, terminando su fruta.

El policía le escrutó críticamente, con la frialdad y la sagacidad que le caracterizaban en sus investigaciones. Vinson tendría cerca de los cincuenta años, pero su cuerpo daba una poderosa sensación

de juventud y potencia. Mientras devoraba su comida parecía como si su naturaleza estuviera en reposo, dormida, pero Frank sabía hasta dónde llegaba la energía y la vitalidad de aquel hombre.

—¿Qué problema le preocupa, Frank?

Un camarero había servido un café que Conrad se limitó a mirar.

—Quizá sean los nervios, teniente, pero...

—Adelante, le escucho, no voy a reírme de usted, si es eso lo que teme.

—Bien; se trata de Champion.

—¿Alistair Champion? ¿Dejó alguna disposición testamentaria que ustedes no conocían?

—No; he oído su voz esta mañana.

Vinson dejó de remover su café. La cucharilla quedó inmóvil, y por un momento, sus penetrantes ojos semejaron puntos candentes que abrasaban el rostro de Frank.

—No es nada extraño eso, amigo. Ocurre con frecuencia cuando se ha perdido a un ser querido. Anda uno por la calle y en un bar o en el metro cree oír aquella voz. Lo experimenté yo mismo cuando murió mi madre.

Conrad sacudió la cabeza.

—Me llamó por el interfono de su despacho y luego me telefoneó. En ambas ocasiones era Alistair Champion.

—¿Lo dijo él?

—La segunda vez, sí.

—¿Qué explicación dio?

—Que le había sido permitido volver. Ya sé; es imposible, pero... su voz no puede engañarme. He hablado con Alistair Champion.

El silencio fue penoso durante algún tiempo.

—No voy a decirle que visite un médico. Dígame: ¿qué motivos le dio... Champion para volver al mundo de los vivos?

—¿Dijo algo... inquietante? Habló de... asesinato. Y parecía tenerme rencor por algo.

—¿Asesinato? —las cejas de Vinson subieron un centímetro por su frente—. ¿Por qué asesinato?

—No sé.

—Fue un accidente automovilístico. Se probó, ¿no?

—Usted lo sabe mejor que yo, teniente.

Vinson bebía el café de un trago.

—Me pregunto... por qué alguien se toma la molestia de hacer esas llamadas... y hablar de un tema tan... vidrioso —el teniente parecía elaborar penosamente sus palabras.

—¡Le digo que era Champion!

El policía parpadeó.

—Nunca he visto a un resucitado, Conrad, de modo que permítame ser incrédulo.

—¿No puede haber ocurrido de otra forma? Quizá Champion no murió realmente.

—Usted le identificó.

—Sí.

Vinson le palmeó el brazo.

—Ahora sí pienso que debe visitar a un médico. Está sobreexcitado, Frank. Su jefe ha muerto, se identificó el cadáver y vimos cómo era enterrado, Voy a darle un consejo, Frank: así suelen comenzar los chantajes. No se deje prender en uno de ellos.

El muchacho alzó la cabeza, con una sensación de peligro.

—¿Chantaje? ¿Por qué había de hacerme chantaje alguien? No hay nada oscuro en mi vida...

—Oh, claro, claro... Pero imagine que ese desconocido comunicante piensa que realmente Champion fue asesinado. Usted me comprende, ¿verdad?

—¿Lo cree usted, teniente?

Sacudió la cabeza.

—Yo estaba almorzando tranquilamente y usted ha venido a poner inquietudes en mi cabeza, Frank. La idea partió de usted o... de ese Champion. Pero malo es que el río haga ruido.

Llamó al camarero y pagó la consumición.

—¿Podría haber sido asesinado su jefe, Conrad? —preguntó al tiempo de levantarse.

El muchacho parpadeó y se puso en pie también.

—Es... absurdo.

Salieron del restaurante y Vinson le tendió la mano en señal de despedida.

—Los romanos inventaron una pregunta muy sagaz: *Cui prodest?* ¿A quién aprovecha? Celebro haberle saludado.

Se alejó con paso vivo, cruzó la calle y desapareció en la boca del metro. Frank se quedó en mitad de la acera, confuso, llena su cabeza de ideas encontradas que no contribuían a esclarecer sus pensamientos.

* * *

La noche había suavizado la temperatura hasta el punto de que había traído del Pacífico una brisa fresca que hacía ondear las cortinas de las ventanas. Frank, en mangas de camisa, leía un libro

bajo una lámpara, en el *living* de su casa. Había conseguido desecher sus inquietudes y en aquel instante se hallaba sumergido en el encanto de la buena lectura.

Había cenado y, cansado como estaba, empezaba a sentir la somnolencia previa al grato sueño. Por un instante, el libro cayó de sus manos sobresaltándole y lo alzó de nuevo, dispuesto a terminar el capítulo antes de retirarse.

En aquel momento, la luz procedente de la lámpara de pie situada junto al sillón se apagó. El *living* quedó a oscuras. Frank alzó la mano y apretó un poco más la bombilla por si estaba floja, pero la luz, que se había extinguido tan súbitamente, no volvió.

Con un gruñido se levantó. Nunca le resultaba agradable cambiar los plomos de la instalación, pero mucho menos por la noche, en la más completa oscuridad.

A tientas, se dirigió al armario donde guardaba un tapón con plomos siempre preparados para contingencias como aquella, pero antes de tocar el cajón oyó un ruido en la cocina.

Todo su cuerpo se tensó, a causa de la alarma. Había oído claramente cómo alguien tropezaba contra una silla.

Nerviosamente miró en torno, buscando algo que pudiera defenderle del inminente peligro. Ahora comprendía que no se habían fundido los plomos, sino que habían sido aflojados por la persona que se encontraba en la oscuridad de la cocina.

Frank extendió la mano y aferró una silla. La puerta que comunicaba con la cocina gimió suavemente, advirtiendo el paso de un visitante furtivo.

—¿Me cortaste la comunicación, Frank? —dijo de pronto la voz de Alistair Champion, clara y sosegada—. ¿Por qué huyes de mí?

—¡Usted no es Champion!

Una risa dura, cruel, llenó el amplio *living*, rebotando contra las paredes. Frank trataba de advertir la posición del recién llegado, pero no le era posible dada la oscuridad. En cambio, él, próximo a la ventana, debía ofrecer su silueta a la atención de su visitante.

—¿No reconoces mi voz?

—¿Por qué se oculta en la oscuridad si es él?

—He venido para matarte, Frank.

La fría declaración produjo un escalofrío en el muchacho.

Conrad empezó a moverse muy suavemente hacia la izquierda, buscando la protección de la oscuridad del rincón.

—De nada va a servirte que hayas hablado con el teniente Vinson para comunicarle tus inquietudes. Él no ha creído que yo esté vivo... Los policías raras veces tienen imaginación. Pero tú la

tienes y vas a morir.

—¿Por qué? —necesitaba ganar tiempo.

—Has sido cómplice de mi muerte.

—¡Eso no es cierto!

—Y lo voy a hacer de la manera más horrible para vosotros.

—¿Por qué se le ocurre que yo soy culpable también?

—Rosemary me ha, asesinado. Y tú estás de acuerdo con ella.

—¿Por qué dice que le mataron? Fue un accidente.

—No; estuvo cuidadosamente planeado. Fallaron los frenos y mi coche cayó por el precipicio. Era lógico que muriese.

El visitante empezó a moverse. Frank se negaba a admitir que Champion hubiera salido de su tumba, luchaba por conservar la serenidad y no dejarse llevar por el terror que él trataba de crear en su mente. Por eso se clavó las uñas en las palmas de las manos hasta hacerse daño, a fin de mantener despierta su sensibilidad.

Sonó un paso y luego otro. Podía oír la fatigosa respiración del que trataba de matarle. Era inútil convencerle de que él era inocente y de que había sentido más que nadie la muerte de Champion. El asesino estaba allí y quería acabar con él.

—Tengo una pistola en la mano —advirtió Frank, duramente—. Si no se detiene, dispararé.

La risa, aquella risa enloquecedora, inundó el *living*.

—Estás desarmado, no vas a engañarme. Además, ¿crees que las balas pueden algo contra mí?

Le oyó caminar mientras hablaba. Forzando la vista, Frank pudo percibir el bulto de aquel cuerpo. Pero sobre todo aterraba su respiración. Parecía la de una fiera, la de un monstruo desconocido, pero de malignos instintos.

El muchacho se movió tratando de confundirle y encontrar la salida, pero tropezó contra una mesita y una lámpara de porcelana cayó al suelo, rompiéndose en mil pedazos con un ruido horrible.

¡Pam! ¡Pam! ¡Pam!

Los tres disparos, como uno solo, perforaron el aire por encima de Frank. Este, al caer la lámpara, se había arrojado al suelo, intuyendo lo que iba a suceder. Por encima de su cabeza silbaron los plomos yendo a clavarse en la pared donde arrancaron parte del revoque.

Los fogonazos llenaron la habitación de luz cárdena a cuyo fantástico resplandor pudo percibir la silueta de Alistair Champion y su rostro rasurado, con el ancho bigote sobre el labio superior y las sienes levemente plateadas.

Aquel descubrimiento le inmovilizó. ¡Champion estaba allí!

—No vas a escapar, no obstante —oyó que gruñía su agresor.

Frank se deslizó por encima de la alfombra, sin ruido, y logró protegerse tras un alto sillón.

¡Pam! ¡Pam!

Nuevamente, la pistola ladró escupiendo plomo hacia el lugar donde un segundo antes se encontraba el muchacho, pero los fogonazos revelaron a Champion su nuevo fracaso.

Giró sobre sus talones, furiosamente. Parecía una fiera sedienta de sangre. Frank aguardó, tensos los músculos de su cuerpo. Sabía que quedaba una bala en el revólver de Champion. Una sola bala. Si la disparaba quedaría inerte y entonces llegaría el momento de tratar de reducirlo a la impotencia, en una lucha cuerpo a cuerpo.

La respiración de su enemigo era ruidosa. Frank jamás la había oído en sus contactos diarios con su jefe, y hacía pensar en un estado de enajenación mental. Champion parecía haber perdido la razón; sus mismos movimientos recordaban los de un loco en pleno ataque.

Frank extendió la mano y cogió un cenicero de una mesita próxima. Era de cristal tallado y resultaba un arma poderosa. Champion iba de un lado a otro en la oscuridad, tratando de encontrarle. El muchacho vio un momento la silueta del que había sido su jefe, claramente recortada contra la claridad exterior, y se incorporó.

Tendió súbitamente el brazo. El pesado cenicero golpeó a Champion en mitad de la espalda haciéndolo caer. Pero era tremenda su vitalidad y se revolvió en el suelo, rápido como el rayo.

Disparó.

La bala se incrustó en el pesado sillón de orejas. Frank escuchó el impacto de la bala, pero aquel tétrico sonido no le alteró, porque significaba para él la oportunidad de sobrevivir.

Salió de su escondite y saltó sobre el caído. Champion se debatió bajo el cuerpo del muchacho. Este le golpeó rudamente en el rostro, pero el puñetazo debió pillarle de refilón, porque no quedó inconsciente.

Seguía sujetando en su diestra el revólver y con él golpeó a Frank.

Este sintió el impacto del acero en su frente y súbitamente, las fuerzas lo abandonaron. Algo viscoso le cegó y Frank comprendió que la sangre resbalaba por sus cejas, pero sentía demasiada cólera para abandonar la lucha tan fácilmente.

Sin embargo, su enemigo estaba asustado y en su ansia de escapar le golpeó con ambos pies en el pecho. Frank cayó hacia

atrás, perdiendo unos minutos preciosos que aprovechó su agresor para saltar por la ventara y desaparecer.

Jadeando, tambaleándose, el muchacho se asomó para seguir al frustrado asesino, pero este había desaparecido.

Del chalet vecino salía alguien en aquel instante.

—¿Sucedó algo? —le gritó, acercándose—. Me ha parecido oír varios disparos...

Todas las luces de las casitas próximas, en aquella zona residencial, estaban encendidas a causa de la alarma. Por ello el resplandor era vivo y Frank era claramente visible en su ventana.

—Creo que fue un ladrón... —explicó—. Debió entrar por la ventana de la cocina y trató de asesinarme.

Su vecino ya estaba ante él, a pocos metros.

—Oiga, parece herido...

—Me golpeó en la frente con su pistola, cuando agotó las municiones.

—Será mejor que le ayude. Entraré.

Frank le franqueó la entrada y en el porche quedó el hombre. Lo conocía, por haberlo saludado varias veces. Era un agente de fincas que tenía una mujer tan parlanchina como él. Rondaba la cincuentena y, a pesar de la gimnasia que hacía cada mañana en el jardín, se le acumulaban las grasas en la cintura.

—Oiga, ¿por qué no enciende la luz?

—El intruso quitó los fusibles para atacarme más fácilmente.

—¿Me permite? Yo arreglaré la avería. Jimmy Olton sabe cumplir con sus deberes de vecino...

Encendió una cerilla y pasó a la cocina. Unos segundos después, reapareció la luz y Olton se presentó en el *living*.

—Venga al cuarto de baño, le lavaré esa herida —dijo al tiempo que echaba una ojeada en torno para cerciorarse de que no había nadie más en aquel lugar.

Frank interpretó debidamente aquella mirada.

—Ocurrió todo como le dije, Olton. No crea que he matado a nadie.

—Oh, qué ocurrencias... —protestó—. Será mejor llamar a la policía, ¿no cree?

CAPÍTULO III

Shirl le miró adustamente.

—No le he preguntado dónde se ha hecho esa herida de la frente, señor Conrad —dijo, hoscamente—. Su vida privada no me interesa.

Frank abandonó el sillón giratorio y rodeó la amplia mesa.

—¿Por qué esa actitud para conmigo? ¿Qué te ha hecho cambiar?

Ella alzó la barbilla.

—Quizá un poco de carmín en los labios. No me importan los asuntos íntimos de nadie, pero me parecen de mal gusto los devaneos amorosos con la viuda del jefe.

Se volvió para salir del despacho, demasiado furiosa para tratar de una simple cuestión de ética. Frank se encolerizó y trató de detenerla.

—¡Shirl!

Pero se inmovilizó. El teniente Vinson contemplaba la escena desde la puerta y en sus ojos astutos había una chispita recelosa.

—No le oí pedir permiso, teniente —dijo Frank, abruptamente.

Shirl abandonó el despacho y el policía cerró la puerta cuidadosamente. Luego avanzó hacia el muchacho, con el sombrero en la mano y los típicos andares del cazador que se sabe próximo a la presa que ambiciona.

—Impedí que le avisaran, Frank. No me gusta guardar antesala. ¿Qué tal esa herida?

—Bien, no tiene importancia. ¿Ha venido solo para interesarse por mi salud?

—En la Comisaría me enteré que usted fue agredido anoche, y... pensé que podría tener alguna relación con la historia que usted me contó al mediodía.

—No, por supuesto que no.

—Es un alivio —se sentó cómodamente—. ¿Quiere contarme cómo sucedió, Frank?

—Sospecho que usted lo sabe tan bien como yo: se le nota en la cara que ha leído la declaración que hice al agente que vino a casa, tras la llamada del vecino.

—Cierto, pero ya sabe lo que son esas declaraciones rutinarias: jamás se encuentra en ellas algo interesante. ¿Quién le atacó, Frank?

—No lo sé.

—¿No vio su rostro?

—No.

—¿Ni oyó su voz?

—Tampoco; lo siento, teniente, no puedo ayudarle.

Era una clara despedida, pero Vinson no se movió.

—¿Sabe, Frank? He estado pensando en lo que me contó usted ayer. Esas llamadas, esa voz... Champion murió en un accidente, pero me pregunto si no habrá algo más, detrás de todo eso.

—¿A dónde quiere ir a parar?

Se encogió de hombros.

—No sé. Uno nunca puede imaginar hasta dónde llega la maldad humana. Soy de los que opinan que existen muchos crímenes perfectos, pese a nuestros desvelos.

—Aquellas llamadas fueron una broma de muy mal gusto. Ahora lo comprendo.

—¿Por qué... ahora?

—He tenido tiempo de pensar. Es ilógico y absurdo suponer otra cosa.

Se levantó el policía.

—Claro. No obstante, si se repite, avíseme: tengo gran curiosidad. A propósito, ¿con qué le hicieron esa herida?

—Con una pistola.

—¿La misma que disparó y llenó de balas sus sillones?

—Sí.

—No ha sido encontrada, ¿verdad?

Frank parpadeó.

—¿Por qué habrían de encontrarla si se la llevó el agresor?

Vinson sonrió ladinamente.

—Es cierto, ¡qué cosas ocurren! —se pellizcó el labio inferior dubitativo—. ¿Alguien, además de usted, vio a ese agresor?

—No; no sé...

—Bueno, no tiene importancia. Gracias.

El teniente se encaminó a la puerta y puso la mano en el tirador. Frank comprendió entonces el alcance de la pregunta.

—¡Oiga, teniente! ¡No irá a pensar que le he mentido!

Su interlocutor se volvió, sonriendo.

—Hay algo que no comprendo, Frank. ¿Cómo un hombre armado, desperdició seis balas sin acertarle a usted y luego sí pudo golpearle con la pistola? Buenos días.

Salió y cerró la puerta tras sí. Frank, prietos los puños, masculló algo contra los entrometidos policías. Aquel maldito teniente

sospechaba que él había mentido; pensaba que no había existido agresor... lo cual equivalía a decir que él trataba de distraer la atención de algo relativo a la muerte de Alistair Champion.

Miró el reloj. El mediodía estaba próximo y debía darse prisa si quería llegar a tiempo. Cerró los cajones de la mesa, después de haber recogido lo más importante y tomó el sombrero de la percha.

En aquel instante se abrió la puerta para dar paso a Shirl.

—Acaba de llegar León Morris y desea verle a usted inmediatamente.

—¿Morris? —Frank gruñó, contrariado. Sabía el tiempo que era capaz de consumir el Administrador de las plantaciones de Ceilán antes de llegar al fondo del asunto—. Tenía anunciada su llegada para mañana —dijo, a modo de protesta.

—Adelantó el viaje al leer la noticia de la muerte del señor Champion.

Conrad no pudo llegar a una decisión, porque un gigante barbudo y de voz estentórea irrumpió en el despacho apartando algo rudamente a Shirl.

—¡A mí no pueden hacerme esperar! —rugió, avanzando hacia Frank a pasos de carga—. ¿Qué es eso de que ha muerto Champion? —preguntó encarándose con el muchacho, sin molestarse en saludarle.

—Precisamente iba a salir ahora, señor Morris —dijo Frank, parsimonioso—. Hay un asunto muy importante que me aguarda.

—¡Al diablo con sus compromisos! ¡No he cruzado medio mundo para oírle decir eso! ¡Cuénteme qué le sucedió a Alistair! —ordenó, derrumbándose en un sillón.

Frank suspiró. Estaba convencido de que solo podría abandonar su despacho cuando aquel individuo de barba y cabellos rojos hubiera decidido terminar la entrevista.

Shirl les abandonó y Frank se sentó tras su escritorio.

—Fue un accidente muy lamentable.

—¿Dónde ocurrió?

—En los rompientes próximos a la Laguna Beach. Se dirigía a su *bungalow* para pasar el fin de semana.

—¿Iba solo?

—Sí.

—¿Qué explicación ha dado la policía?

—Algo falló en los frenos y en una de las curvas se precipitó por el precipicio.

—¿Testigos?

—Ninguno.

—¿Le hicieron la autopsia?

—Claro: debió de morir en el acto.

Las preguntas de Morris eran como pistoletazos. Solamente una vez había visto Frank a León Morris anteriormente, y de ello hacía varios años. Desde entonces no había regresado el Administrador a los Estados Unidos. Pero en aquel tiempo, su carácter no había mejorado: seguía siendo tan agrio y duro como siempre. Había algo en su favor, no obstante; su pericia en la explotación de las plantaciones de té. Nunca había querido averiguar los procedimientos que empleaba para sacar el máximo rendimiento a las plantaciones de la Compañía, pero tenía la sospecha de que aquel diablo barbudo había aterrorizado a los braceros con su sola presencia.

Bajo las hirsutas cejas de Morris, fosforecían los ojos oscuros y estriados en sangre. Su cabello y su barba eran una selva en la que parecía imposible que hubiera entrado jamás un peine, y había tal energía en su cuerpo, que nadie podía sustraerse a la influencia que emanaba de su persona.

—¿Ya se ha investigado si ha sido un crimen? Frank parpadeó y su espalda se erizó.

—¿Crimen? ¿Por qué habría de ser un crimen?

—Eso lo puede saber usted mejor que yo. Es fácil simular un accidente de automóvil.

—No conozco a nadie que deseara cometer tal acto.

—No sé si usted es tonto o disimula. Yo podría señalarle varias personas que se beneficiarían con la muerte de Alistair —se puso en pie tan bruscamente como había llegado, y ladró una despedida.

Cuando la puerta se cerró tras el extravagante personaje, Frank volvió a mirar el reloj. Había perdido casi media hora que podía serle precisa para hacer lo que deseaba.

Abandonó el edificio y se metió en su coche. Pisó el acelerador a fondo y cruzó el centro de Los Ángeles a la máxima velocidad posible, dada la intensidad del tráfico. Paulatinamente fue acercóse a la parte antigua de la gran ciudad, aquella zona conservaba todavía los viejos edificios de la época de la colonización española, y se metió por el dédalo de callejuelas sombrías y frescas.

Se detuvo ante un restaurante típico que tenía anexo un solar para aparcamiento. El restaurante llevaba un nombre español y, desde la misma puerta, pudo aspirar el penetrante aroma de la bien sazónada cocina española.

Vio a Rosemary desde el primer momento. Conocía sus costumbres y estaba seguro de encontrarla allí, pero estaba

terminando el almuerzo. No obstante, se aproximó a ella.

—Por fortuna, no te has marchado todavía —dijo él, a guisa de saludo.

—¡Frank! —exclamó ella, con sorpresa—. No esperaba este encuentro.

Había olvidado la indumentaria negra, ahora que no pensaba acudir a ningún lugar donde debiera presentarse como inconsolable viuda. Por eso se había cubierto con un vestido verde que resaltaba el tono de su cutis y contrastaba exóticamente con los ojos y los cabellos oscuros.

Frank acercó una silla y se sentó frente a la hermosa mujer.

—¿Alguna noticia? —preguntó ella, escrutándole.

—Anoche tu marido quiso asesinarme.

La fría declaración, dicha en un susurro, alarmó a Rosemary. Su cuchillo se deslizó de entre sus dedos y golpeó sonoramente contra el plato de postre, donde pelaba frutas.

—¿Qué... tratas de conseguir con tus palabras... Frank?

—No estoy mintiendo. Estaba solo en casa y entró por la cocina. Aflojó los fusibles de la instalación y quedé a oscuras. Entonces se presentó él en el *living* y dijo que había venido para asesinarme por complicidad en su muerte...

La hermosa mujer había perdido el dominio de sí misma.

—No... puedo creerte.

—¿No? Solo tienes que fijarte en la herida de la frente. Me la produjo él cuando se le acabaron las municiones de su pistola.

Rosemary inhaló aire con ansia, como si le fuera en ello la vida. Luego fue claramente visible su reacción. Las mejillas, que habían quedado pálidas, recobraron el color y toda ella pareció llenarse de una fuerza más poderosa que su miedo.

—Estás enfermo Frank —mordía las palabras—. Hay algo que va mal en tus nervios. Tómate unas vacaciones y descansa, pero no me vengas otra vez a molestar con tus estúpidas alucinaciones.

El muchacho se dio cuenta del enorme esfuerzo que había hecho Rosemary para dominarse. Pensaba en las palabras del que decía ser Champion, y recordaba que él había acusado a su tentadora esposa de culpable del crimen...

—Él dijo algo más, Rosemary: afirmó que tú le asesinaste.

Ella no pestañeó. Nada podía inquietarle ya. Parecía que estuviera esperando aquellas palabras.

—Y tú, ¿qué piensas?

—No sé; estoy demasiado confundido.

—Ya veo. ¿Recuerdas lo que hablamos ayer en tu despacho? El

sillón de Alistair está vacante...

Era una insinuación clarísima.

—No sería capaz de sentarme en él, si sospechara tan solo que algo de lo que me ha dicho esa aparición es cierto.

Rosemary se puso en pie bruscamente. Su expresión era más fría que nunca. Su busto generoso y erguido, subía y bajaba a impulsos da una respiración embravecida. Frank sintió haber encolerizado a la que era su jefe, pero ya no podía volverse atrás. Los oscuros ojos le taladraron y luego ella abandonó el típico restaurante, dejándole confuso.

Tuvo que pagar la consumición de ambos y, poco después, regresó en su coche hacia el centro. Antes de llegar a la oficina, sin embargo, pasó por el garaje donde estaba depositado el coche que utilizara Champion el día del accidente. La policía había terminado con él y lo había devuelto a los herederos de la víctima para su reparación.

En cuanto detuvo el coche, acudió Sam, uno de los mecánicos, un muchacho rubio y bronceado, con todo el aspecto de ser un excelente delantero centro.

—¿Algún problema con su coche, señor Conrad?

Frank salió del vehículo y ofreció un cigarrillo al mecánico.

—Nada de eso; va bien. Pasaba por aquí y se me ha ocurrido preguntar qué tal va la reparación del “Cadillac” del señor Champion.

Sam sacudió la cabeza.

—No vale la pena trabajar en él, tal como está.

—Sí; sufrió un duro golpe. Qué accidente tan terrible, ¿verdad?

—Las autoridades deberían poner en las carreteras, sobre plataformas, estos coches para que todos tuviéramos un poco más de cuidado: serían como un aviso para aflojar el acelerador.

—¿Cómo crees que sucedió el accidente, Sam?

—Es difícil decirlo. Yo fui de los que ayudó a subirlo a la carretera y, ¿sabe? fue una dura caída. Lo que me extraña es cómo pudo suceder el accidente; la curva no es mala y tiene visibilidad. Sucedió, además, a pleno sol. No hubo, por tanto, deslumbramiento por los focos de otro automóvil.

—Al parecer fallaron los frenos. La pendiente es pronunciada, adquirió mucha velocidad y no pudo frenar. Se pondría nervioso y no tomaría la curva adecuadamente...

—¿Esa es la explicación de la policía?

—Sí.

—Bueno, si eso se publica no le beneficiará en nada a la marca.

El coche había sido comprado un mes antes: un modelo excelente y muy completo. Unos frenos que fallan al mes de rodaje, es un fallo demasiado grande.

—¿No lo crees posible?

—Nada hay imposible, señor Conrad, pero unos frenos no fallan al mes de salir de fábrica, a menos que unas manos inexpertas manipularan en ellos.

Del fondo del garaje llegó la voz del dueño.

—¡Eh, Sam! ¿Puedes venir? ¡A este compresor le ocurre algo!

El mecánico sacudió la cabeza.

—El viejo no puede verme parado. ¿Alguna cosa más, señor Conrad?

—No, muchas gracias, eso es todo, Sam.

Arrojó el cigarrillo y luego lo pisó cuidadosamente. El vaporoso rompecabezas que danzaba en su cerebro, parecía que empezaba a ordenarse.



Unos puños le golpearon

CAPÍTULO IV

La carretera había optado al fin por ceñirse a la orilla del océano y serpenteaba por entre los chalets y *bungalows* de las afueras de Los Ángeles. Frank conducía sin demasiada prisa, siguiendo el itinerario que debió de utilizar su jefe en el último fin de semana, cuando encontró la muerte cerca de Laguna Beach. No podía despegar de su mente una idea fija que empezaba a obsesionarle. Alistair Champion había sido asesinado, pese a que la policía no había hallado mejor explicación para el accidente que una inexplicable rotura de los frenos.

Pero Sam dudaba de que un coche nuevo pudiera carecer de seguridad en los frenos. Sin duda, la policía habría tenido idea semejante, pero el estado en que había quedado el coche, destrozado y retorcido increíblemente y abrasado por el fuego, imposibilitaba el hallazgo de pruebas que demostraran la existencia de un atentado criminal.

El sol arrancaba reflejos dorados de la quieta superficie del mar. La carretera subía zigzagueante hacia Corona del Mar. La blanca agrupación de chalets se ofreció a sus ojos como una muestra atractiva para el reposo tranquilo, después de una fatigosa jornada en la gran ciudad. Pero Frank tenía la cabeza ocupada por el recuerdo de las palabras de Champion: "Rosemary me ha asesinado y tú estás de acuerdo con ella". Era una terrible acusación que le había hecho daño en lo más íntimo. Alistair había sido para él algo más que un jefe y, sin embargo, alguien que hablaba en su nombre, él mismo según pretendía la siniestra aparición, trataba de asesinarle como venganza.

Sacudió la cabeza y parpadeó para prestar más atención a la carretera. Esta descendía ahora violentamente el coche se había embalado cuesta abajo. Tuvo que pisar el freno para reducir la velocidad, e inmediatamente dominó el coche.

"Algo parecido debió ocurrirle a Alistair, pero a él no le respondió el freno", pensó.

La idea le hizo de pronto detener el vehículo y mirar la carretera. Esta descendía violentamente, pero en línea recta. Aunque los frenos fallaran allí, un buen conductor, solo tendría que mantener el coche en línea recta para dominarlo, y unas cuantas millas hacia el sur llegaría a un nuevo repecho donde el coche se

detendría por sí solo, sin peligro.

Bajó del vehículo y examinó la carretera. Su idea era exacta. El descenso era pronunciado, pero nada peligroso. Incluso la carretera estaba muy apartada del mar, de modo que no habría posibilidad de que un vehículo se precipitara en él, como le había ocurrido a su jefe.

Y, sin embargo, Champion sufrió un accidente a causa de los frenos.

Frank encendió un cigarrillo. Intuía que estaba muy cerca de algún descubrimiento de importancia, y desesperadamente se aferró a aquella idea que jugaba a esconderse entre los pliegues de su cerebro.

Respirando agriadamente, consiguió darle forma.

Champion tuvo que pasar por aquella misma carretera poco antes de morir en los rompientes próximos a Laguna Beach. Pero allí, donde Frank se encontraba, no le fallaron los frenos.

De haber notado algo en ellos, Champion se habría detenido, sabiendo lo peligroso que era el tramo último de su viaje.

El muchacho se pasó la mano por la sudorosa frente.

“El freno dejó de funcionarle en algún punto, entre este lugar y donde encontró la muerte”, se dijo Frank, alteradamente.

Pero ¿cómo podía sufrir un coche nuevo una avería como aquella?

Y si no fue avería, si todo se debió a una mano asesina, ¿quién pudo hacerlo?

Champion iba solo en su coche. El mismo le había visto salir de su casa de Los Ángeles. Había ido con la carpeta de la firma para despachar unos contratos antes la que Alistair saliera para su fin de semana en el *bungalow* de Laguna Beach. Rosemary y él, Frank, quedaron al pie del porche de la casa, viendo cómo Alistair emprendía un viaje del que no regresaría. Luego, Rosemary le invitó a tomar un refresco que les fue servido en el mismo porche por una doncella negra, Frank recordaba que Rosemary y él estuvieron allí, charlando en la quietud del atardecer durante más de una hora. Ninguno de los dos se había movido de allí hasta que, oscurecido ya, Frank decidió retirarse a su casa.

Pero entonces. Alistair había muerto ya, según dictamen del forense. Rosemary, por tanto, no podía haber asesinado a su marido.

Montó en el coche y continuó el camino. Champion dispuso de sus frenos hasta poco antes del lugar donde murió.

¿Habría sido, en medio de todo, simplemente un desgraciado

accidente?

Pero, entonces, ¿qué significaban las palabras del que decía ser Alistair Champion?

Frank se aflojó el cuello de la camisa. Sudaba y la cabeza le dolía, iba a enloquecer si continuaba dándole vueltas al asunto.

Rebasó el repecho y siguió escalando una colina erguida a pico sobre el océano. Cuando llegó a la cumbre, vio allá abajo, las luces de Laguna Beach.

Inició el descenso zigzagueante, sobre el mismo borde del precipicio.

Allí se había matado su jefe. Vio el boquete en la valla protectora y frenó. Se asomó al vacío. Cincuenta metros más abajo se extendía una estrecha faja de playa lamida por el oleaje. No era posible pensar en salvase después de un salto como aquel.

Retornó al vehículo y siguió el viaje. Poco antes de llegar a Laguna Beach, se desvió por un camino lateral que conducía a la playa. Rodeó unos pinos y encontró ante sí el *bungalow* de Alistair Champion, cerrado y deshabitado.

No había nadie por los alrededores, ni siquiera otros edificios. A su jefe le encantaba aquel lugar por lo apartado y porque jamás padecía la invasión de bañistas. De esa forma, él podía dedicarse a descansar plenamente. Era eso lo que le mantenía en forma para desarrollar un fabuloso trabajo durante el resto de la semana.

Tenía una llave del *bungalow* y entró. No tenía más que dos habitaciones, además de la cocina y el baño. Era rústico pero lujoso y, sobre todo, cómodo. El *living* y el dormitorio estaban amueblados con criterio moderno, predominando los anchos espacios y los muebles bajos. Nada había allí que pudiera arrojar alguna luz sobre el misterio. Frank tampoco pensaba que fuese a encontrar algo especial, después del paso de la policía y de Rosemary, la cual había ordenado todo lo que descompusieron los agentes.

Dio una vuelta, comprobó que no había papeles de la Compañía y decidió regresar.

Al dirigirse a la salida vio algo blanquecino en el ángulo de la puerta con el muro, bajo una mesita. Se inclinó y alargó la mano. Era un pedazo de papel de mala calidad, sin ninguna anotación. Decepcionado fue a tirarlo, pero entonces vio la inscripción al dorso y la leyó.

PACIFIC PHOTO SHOP — Laguna Beach

“Está a su disposición el trabajo que tuvo la amabilidad de

confiarnos”.

Frank lo guardó en su bolsillo y abandonó la casa. La fecha de aquel aviso era del día anterior, y el membrete le hizo suponer que se trataba de algún encargo fotográfico que había hecho Champion antes de morir.

Animado por aquel hallazgo, salió a la carretera y llegó a Laguna Beach. En la calle principal, que era continuación de la carretera, encontró el rótulo luminoso del Pacific Photo Shop. Se trataba de una tienda amplia, una especie de bazar donde podía adquirirse de todo.

El establecimiento estaba vacío en aquel instante y el dueño acudió enseguida al ver entrar a un cliente.

—Vengo para recoger este trabajo —anunció Frank.

El dueño, un hombre de pelo canoso y lentes redondas de monturas metálica, examinó el número del aviso y buscó un sobre en uno de los cajones.

—Usted no es Alistair Champion.

—No, no lo soy.

—Además, él murió en un accidente, ¿no es cierto?

—Sí. Pero soy su secretario y estoy encargado de recoger las pertenencias del señor Champion —explico al tiempo que sacaba una tarjeta y la ofrecía al dueño de la tienda.

Este la leyó con lentitud y luego dijo:

—De acuerdo, señor Conrad. Creo que usted tiene derecho a llevarse estas fotos. Son cinco dólares.

Frank le dio un billete de diez dólares y, mientras el dueño iba en busca del cambio, abrió el sobre.

Contenía varias fotografías de paisajes próximos al *bungalow* de Champion. No eran excesivamente buenas, pero se advertía en el fotógrafo aficionado un evidente deseo de originalidad.

Las dos últimas no eran paisajes, evidentemente, pero en ellas Champion había demostrado mucho mejor gusto.

Porque mostraban la rotunda opulencia de una rubia enfundada en un bikini estallante. La chica era muy joven, pero había en su mirada una picardía que explicaba muchas cosas. Sonreía y posaba con deleite, los brazos en alto y las manos tras la nuca, ofreciendo en escorzo violento, su busto indudablemente hermoso.

—El cambio, señor.

Frank estaba distraído contemplando las fotos.

—¿No ha habido un error? —preguntó, distraído todavía.

—¿Error? No comprendo, señor.

—Estas fotos pertenecían... ¿realmente al señor Champion?

—Oh, sí. Vea el negativo.

Extendió el rollo y mostró las dos últimas imágenes. Correspondían sin duda a las copias que tenía en la mano.

Frank acercó el billete de cinco dólares que le había devuelto el dueño de la tienda hacia este, significativamente, y preguntó:

—¿Conoce a esta señorita?

—Oh, sí.

—¿Cuál es su nombre?

—Birgitt Nansen, creo que su *bungalow* está próximo al que ocupaba el señor Champion.

Había en los ojos del hombrecillo una mirada brillante.

—Gracias. Confío es su discreción.

—Por supuesto, señor.

Salió Frank de la tienda y entró en el coche. Había descubierto algo desconocido hasta entonces. Quizá no podía dársele la interpretación que leyó en los ojillos del dueño de la tienda, pero no dejaba de resultar sorprendente que Alistair hubiera fotografiado a una mujer como Birgitt, vecina suya, durante los fines de semana.

Podía ser, no obstante, una simple galantería de buena vecindad, pero valía la pena investigar algo más.

Arrancó lentamente, todavía sumido en sus pensamientos, y regresó por la misma carretera hacia el *bungalow* de su jefe. Había anochecido ya y el rumor del oleaje se había hecho más intenso.

Se acercó con los faros apagados y al contornear el bosquecillo de pinos, vio luz en el *bungalow* de Champion.

Frenó el vehículo.

Pisando la arena, se acercó al edificio. A través de una de las ventanas advirtió la sombra de alguien al cruzar por delante de una lámpara.

Avivó el paso y subió a la veranda, pero un escalón crujió e inmediatamente la luz se apagó.

El muchacho no vaciló y metió la llave en la cerradura. Hizo girar esta y empujó la puerta rudamente.

—¿Quién está, ahí? —gritó.

Solo escuchó el monótono ruido del océano. Las estrellas enviaban una débil claridad sobre la tierra y ese pálido resplandor le permitió adivinar un contorno humano cerca de una de las ventanas.

—¡Alto! ¡Voy a disparar si no se detiene! —amenazó, esperando intimidar al intruso a pesar de que no tenía ni un mal cortaplumas.

No sirvió de nada el aviso. Ágil como un felino, el intruso se

deslizó por la ventana, saltando al exterior.

Frank saltó fuera de la veranda y corrió dando la vuelta al edificio esperando capturar al que huía.

Llegó a la ventana que había servido de vía de escape al desconocido sin encontrar rastro de este.

Miró en todas direcciones, pero había demasiada oscuridad para alcanzar a ver algo situado a una distancia superior a un metro.

Sin embargo, continuó buscando.

Se acercó a unos macizos de flores y miró allí, sin resultado. Luego se volvió dispuesto a seguir buscando, pero oyó el crujido de la grava a su espalda.

Esto le hizo ladearse a tiempo.

El golpe en el hombro le hizo gemir. Giró a impulsos del impacto propinado con una estaca y se lanzó contra el agresor, pero este, tan silenciosa y ágilmente como había surgido a su espalda, se escabulló en la oscuridad.

Corrió tras los leves pasos que huían. Estaba realmente enfurecido. El hombro le dolía y su misma cólera le daba fuerzas para correr por el difícil terreno de la playa, donde sus pies se hundían en la blanda arena.

Tropezó y cayó, pero volvió a levantarse. Había unas rocas azotadas de cuando en cuando por la cresta de las olas más audaces. Contra la claridad de la espuma distinguió el paso de un cuerpo y Frank aceleró un poco más la marcha.

Saltó por encima de una roca y se precipitó tras el que huía.

Lo alcanzó.

Sus manos aferraron aquel cuerpo suave que se escurría bajo sus dedos. Notó una piel húmeda y fresca como la de un pez, y un gruñido inidentificable al sujetar aquel cuerpo.

Unos puños le golpearon, pero logró sujetarlos. Bajo él, su presa trataba de escabullirse y para ello le golpeaba con las rodillas.

Volcó su peso encima y presionó aquellos brazos contra el cuerpo.

Sus manos se sorprendieron al percibir unas formas pujantes, bajo un tejido sedoso. El jadeo que llegaba hasta él revelaba miedo, un miedo que paralizaba a quién le había agredido.

Retiró las manos como si se hubiera abrasado.

Era una mujer.

Una mujer joven, ceñida por un traje de baño que la lucha había rasgado. Quizá habituado a la oscuridad, Frank percibió el brillo del cuerpo femenino, ligeramente húmedo. Solamente el rostro estaba cubierto por una mata de pelo rubio que impedía identificar las

facciones.

—¿Quién es usted? —preguntó demasiado sorprendido todavía para acertar a comportarse debidamente.

—¡Suélteme...! —jadeó una voz aguda.

Se apartó dejándola en libertad. La mujer se sentó en la arena y trató de reparar el destrozo de su escaso atuendo.

—Le he hecho una pregunta —advirtió Frank—. Y voy a llamar a la policía. Es una ladrona, ¿eh?

—No.

—Bien, ¿qué hacía allí?

—Tenía derecho a entrar.

—¿Sí? Me gustaría saber el motivo. Y no va a engañarme. Soy el secretario del señor Champion; no conozco a nadie con derecho para entrar en ese *bungalow*, salvo su esposa. Y usted no es la esposa del señor Champion.

—No, pero...

—Vamos, continúe.

—No voy a hablar más. Retírese.

Se incorporó. Era alta y estaba muy bien formada, hasta donde a él le era posible ver. Frank tenía las manos húmedas y llenas de arena, por lo que se las limpió en los pantalones. Luego, encendió una cerilla y la mantuvo en alto.

Ella sopló para apagarla y lo consiguió, pero no antes de que Frank reconociera en ella a la modelo de las fotos que acababa de recoger.

—Bien, Birgitt, ahora hablaremos claramente.

La vecina de Champion respingó al saberse identificada y de pronto echó a correr, pero Frank la atrapó del brazo. Esto la hizo perder el equilibrio y volvió a caer cuan larga era.

El muchacho se inclinó y la ayudó a levantarse. Estaba llorando y tenía un ataque de nervios. Frank sintió lástima. Birgitt era muy joven y no podía dejar de ser una adolescente a pesar de su vida frívola.

Con suavidad la sostuvo de pie, tratando de no pensar en que estaba abrazando un cuerpo juvenil y endiabladamente lleno de vida.

—¿Dónde cae su *bungalow*? Creo que ambos necesitamos un trago, después de esta carrera.

La llevó casi en volandas. Birgitt continuaba llorando, abandonada ya, con un pesado sentido de derrota gravitando sobre ella.

Llegaron al *bungalow* y Frank la ayudó a subir a la veranda.

Estaba a oscuras y Frank fue a encender la luz, pero ella se lo impidió.

—No, no, déjeme cambiarme...

La soltó.

—De acuerdo, pero antes una advertencia: sé quién es usted y tengo unas fotos que la comprometen. No trate de huir.

—¿Unas... fotos? —había desolación en su voz.

—Sí.

—¡Usted las encontró ya!

—Vengo de recogerlas.

—¡Se me adelantó! ¡No le pertenecen! ¡Devuélvamelas!

—Antes hablaremos. Ande, entre. Va a resfriarse.

Los pies desnudos arrancaban un blando sonido del entarimado. Frank la vio desaparecer en el interior y él quedó solo en la veranda, respirando a bocanadas el fresco aire marino, para arrancarse el recuerdo de aquella piel que había tenido tan próxima.

Cinco minutos después ella regresó y le invitó a entrar. Encendió la luz. Tenía el cabello empapado y pegado a la frente, y en los ojos había un enrojecimiento que revelaba la rabieta. No había hecho más que ponerse un corto albornoz.

—Usted debe ser Frank Conrad —dijo a guisa de saludo.

—¿Le han hablado de mí?

—Su jefe.

Entró. Era un *bungalow* similar al de Champion, pero menos lujoso.

—¿Se conocían ustedes?

Observó su reacción mientras se sacudía la arena del traje. Estaba arrugado y sucio.

—Éramos buenos vecinos.

—¿Hasta dónde llegó esa amistad?

—No le importa.

—Oh, quizá sí importe a la policía, o a la viuda.

—Deme esas fotos y márchese.

—Primero hablaremos, ¿no? —insistió, dejándose caer en un sillón.

Birgitt Nansen era la típica *starlet* que fabrican las malas revistas de cine. A buen seguro sus padres vivían a mil millas de allí, y ella, con sus escasos dieciocho años, se creía muy capaz de conquistar Hollywood sin importarle los procedimientos. Y en verdad que debía saber ponerlos todos en práctica.

—¿Qué había entre ustedes dos?

Ella se sentó también. Había pasado el miedo, dejando tras sí una estela de cinismo. Aquello le sentaba mejor.

Se dejó caer frente a Frank y cruzó las piernas. Era un truco viejo, pero de efecto.

—¿Qué imagina?

—Ese es un capítulo que ignoraba en la vida de Alistair.

—Vivíamos felices los fines de semana aquí.

—Ahora comprendo por qué no venía nunca su mujer por aquí.

—Él no la quería: demasiado dura, excesivamente autoritaria, decía. Yo soy suave, señor Conrad, y cariñosa.

—¿Cuánto dinero le sacó usted, Birgitt?

Ella saltó.

—¡Oiga, yo nunca...!

Pero Frank la interrumpió bruscamente:

—Conozco el sistema, Birgitt. Usted se hacía la ingenua con Alistair y le susurraba ternuras, fingiendo no darse cuenta de que él le llenaba el bolso de dinero, pero vigilando al mismo tiempo para que no se le olvidara. No sé por qué a los viejos les llega siempre la época de la estupidez romántica.

—Bueno, ¿y qué? El gastaba su dinero y yo le daba a cambio lo que necesitaba: cariño e ilusión.

—Todo esto está muy bien, pero olvida dos cosas: él estaba casado, y ahora está muerto. Todos empezamos a preguntarnos si no habrá sido asesinado.

El color huyó de las mejillas femeninas y su anatomía se derrumbó. Ya no parecía una gata llena de sensualidad, sino una jovencita perdida y hambrienta.

—¿Asesinado? ¿Por qué?

—A la policía no le va a disgustar tener una charla con usted, Birgitt.

Se dirigió a puerta, pero ella saltó interponiéndose en su camino.

—Usted no puede hacerme eso a mí.

Le enroscó los brazos al cuello y trató de besarle, pero Frank se desasíó.

—No es eso lo que busco.

—¡Yo no lo maté! ¡Se lo juro! ¿Por qué habría de hacerlo si él me había prometido hablar con amigos suyos para introducirme en Hollywood?

—No puedo responder a esa pregunta.

—¡Además, murió en un accidente, en los rompientes! ¿Por qué habla de asesinato?

—Alguien le manipuló en los frenos. Alguien que llevaba consigo en su coche, quizá, y de quien no podía sospechar.

—¡Nunca he ido en su coche! ¡No me sacó jamás de aquí!

—¿Dónde se conocieron?

—En esta playa. Alquilé este *bungalow* para un fin de semana; quería pensar algo para iniciar el asalto a Hollywood y en aquellos días conocí a Alistair. Comprendí enseguida que él podría ayudarme y lo demás fue fácil.

—¿Quién conocía sus relaciones?

—Nadie.

—¿Nunca vino el señor Champion acompañado?

—No; pero a veces alguien le visitaba.

—¿Quién?

—No sé —se encogió de hombros—. Siempre hablaban de negocios y yo debía desaparecer.

Aquellas reuniones también las desconocía Frank. ¿Qué clase de hombre había sido en realidad su jefe? Siempre lo creyó equilibrado y con una vida diáfana, y ahora resultaba que él, su secretario, lo ignoraba todo acerca de él.

—Tiene que ayudarme a encontrar a esos hombres, Birgitt.

—¿Me mantendrá apartada del escándalo?

—Hasta donde sea posible. ¿Cuándo recibió Alistair su última visita?

—El mismo día en que... murió.

Frank enarcó las cejas.

—¿Ese día hubo alguien esperándolo aquí?

Asintió la muchacha.

—¿Habló con usted?

—Me mantuve aparte, como siempre. Vi el coche y al individuo acercándose al *bungalow*. Estuvo llamando y luego aguardó largo rato. Finalmente, debió hacérsele tarde porque escribió una nota, la metió por debajo de la puerta y se marchó.

—¿Le había visto otras veces?

—Sí; deme las fotos y le daré algo a cambio.

El muchacho asintió. No perdía nada entregando las copias y quedándose los negativos. Probablemente Birgitt ni se daría cuenta.

—De acuerdo.

Ella fue a un aparador y lo abrió. Extrajo de él un trozo de papel y volvió a cerrar cuidadosamente.

Se acercó, con la mano que sujetaba la nota oculta a su espalda.

—Las fotos, Frank. No me fío.

Conrad se la entregó y obtuvo a cambio el mensaje. Birgitt se

quedó embelesada contemplando su propio cuerpo en las fotos, y Frank leyó las dos líneas trazadas nerviosamente:

“Las cosas han ido mal, señor Champion, y necesito verle urgentemente”.

Barton.

—¿Quién es y a qué se refiere?

La muchacha se encogió de hombros.

—Les oí hablar en un par de ocasiones, mientras yo estaba oculta en la cocina. Hablaban de acciones y cosas parecidas.

—¿Un agente de bolsa?

No sabía que su jefe hubiera tenido otro agente de bolsa, aparte del que llevaba el asunto de la compañía.

—¿Cuál es su nombre completo?

—Barton... Livesey, o algo parecido.

—¿Cómo tienes tú esa nota? Al apoderarte de ella has impedido que la policía investigara.

—Lo hice a propósito. Oí por la radio la noticia del accidente y entonces entré en el *bungalow* con la llave que él me dio. Supuse que no tardarían en hacer una investigación y quité de allí mis cosas para que no me relacionaran, y me llevé esta nota. Yo sabía que Alistair no quería que se conocieran las visitas que él recibía allí.

—Una fidelidad que te honra —gruñó Frank—. A propósito, ¿no te llevaste, junto con tu ropa, todo el dinero y las joyas que tenía el señor Champion en el *bungalow*?

—¡No! ¿Por quién me toma?

—Estás mintiendo, Birgitt —acusó, rudamente—. No han podido ser halladas unas cuantas joyas de mi jefe, y supongo que también tendría dinero allí, ¿no es cierto? ¡Contéstame! Será fácil hacer un registro aquí y encontrarlo todo.

Ella irguió la cabeza, desafiante.

—¡Bueno, sí, me lo llevé! ¡Pero me pertenecía! ¡Él ya no iba a poder darme nada más, y yo me lo merecía!

—¿Cuánto cogiste?

—Todo. Casi cinco mil y unas sortijas. A su viuda le ha quedado mucho más, ¿no? Ella es la que realmente se ha beneficiado, porque si hubiera tenido un poco más de vida se habría divorciado de ella y la habría arrojado de su lado. Estaba harto de ella y... además, no le era fiel.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Alistair me lo dijo. Había contratado a un detective para, que averiguara el pasado de su mujer.

—¿Un detective?

—Sí.

—¿Sabes su nombre?

—No. La verdad es que no me gusta cargarme la cabeza de cosas que no me importan.

Frank guardó en su cartera la nota del agente de bolsa.

—Hay motivos más que suficientes para procesarte, nena — advirtió amenazadoramente— así es que, juega limpio conmigo o te verás encerrada a tus lindos años. No me importa que te hayas llevado del *bungalow* de mi jefe, este pequeño botín. Imagino que a él tampoco le importaría. Pero si has tenido algo que ver en su muerte...

Ella jugó las caderas seductoramente.

—¿Puedo convencerle de alguna forma...?

—Solo una: avísame cuando reconozcas a alguna de las personas que venían a verle al *bungalow*.

—Prometido. Ha sido usted muy bueno, Frank...

Se alzó sobre los pies desnudos y le besó furiosamente. Su cuerpo joven, fue de pronto una brasa, un bibelot encantador y quebradizo que podía ahuyentar cualquier clase de tristeza.

Con dificultad, Frank salió a la veranda. No quería ser débil y, además, no confiaba mucho en aquella adolescente.

CAPÍTULO V

De regreso a Los Ángeles, Frank se cruzaba en la carretera con los coches que salían de la gran ciudad, llevando en su interior a hombres y mujeres que volvían a sus hogares para descansar. La ancha cinta de la carretera estaba surcada por los largos y luminosos dedos de los faros. Era un tráfico intenso y extenuador.

A pesar de ello, Frank no podía apartar de su mente la idea de que en realidad había conocido muy poco a su jefe, Alistair Champion. La existencia de Birgitt y las entrevistas con desconocidos en el *bungalow* le daban la clave de una doble vida, no compartida con nadie.

Champion había contratado a un detective para que investigara el pasado de Rosemary, sin duda con la esperanza de encontrar pruebas que le facilitaran el divorcio. Era una sorpresa también, puesto que siempre creyó Frank que ambos se llevaban bien. Esto implicaba una sospecha de culpabilidad para Rosemary, si ella se había enterado de los planes de su marido. La muerte de Champion, dejándola heredera de todos sus bienes, había sido indudablemente un golpe de suerte.

Pero ella no podía haberlo matado. Frank estuvo con Rosemary durante más de una hora después de que Champion saliera con rumbo a Laguna Beach. Y al abandonar su casa, Champion tenía los frenos del coche intactos, pues de otra manera se hubiera dado cuenta del fallo en la cuesta anterior a Corona del Mar, donde no había peligro. Algo debió ocurrir entre esa cuesta y la curva donde murió. Algo que el examen de los peritos de la policía no reveló porque el incendio debió eliminar las posibles huellas...

Empezaba a ver las cosas claras. Lo único que permanecía confuso todavía, era la identidad del misterioso visitante que se hacía pasar por Alistair Champion. ¿Sería él en persona?

Se estremeció a pesar suyo. Champion estaba muerto. ¿O no era Champion en realidad, el que viajaba en el Cadillac?

En ese caso, comprendía muy bien que quisiera vengarse de Rosemary y del causante del atentado. Pero ¿por qué le atacaban a él, Frank Conrad? Él había sido su mejor amigo... hasta donde Champion lo había permitido, pues ahora, demasiado tarde, se daba cuenta de que su jefe le había ocultado también muchas cosas.

Las ruedas del coche gimieron al tomar la curva para entrar en

Corona del Mar y salió por el otro extremo del pequeño pueblo al minuto escaso. Doscientos metros más adelante vio las luces parpadeantes de un Parador y de una Estación de Gasolina que pretendían hacer detenerse a cada vehículo.

Cruzó de largo, camino de Los Ángeles, y empezó a descender la cuesta contraria a la que había estado a punto de perder el dominio del coche en el viaje de ida. La rebasó, frenando suavemente y escaló su opuesta. Los Ángeles estaba poco más allá y penetró por una de las grandes e inacabables avenidas que conducían al centro de la ciudad.

Instintivamente se dirigió a las oficinas de la Compañía y aparcó ante el gran edificio. Todas las dependencias estaban a oscuras, como era lógico, dado lo avanzado de la hora, pero aun así pulsó el timbre de la puerta principal. Un minuto después vio acercarse al vigilante nocturno.

—Buenas noches, señor Conrad —le saludó el empleado—. No esperaba verle por aquí a estas horas.

—Estuve fuera de la ciudad y quiero recoger un trabajo para hacerlo en casa. No se retire mucho, porque saldré enseguida.

—Aquí le aguardaré, señor.

Frank avanzó por los pasillos, cruzó la secretaría donde todas las máquinas estaban silenciosas y cubiertas, y penetró en su despacho.

Shirl le había dejado una nota escueta:

“El director del Banco de California, necesita hablar con usted urgentemente”.

¿Quizá algún error en las cuentas? Miró la hora. Resultaba un poco tarde, pero otras veces le había llamado también a su domicilio a horas similares.

Buscó en su agenda el número de Harry Stuart, el director, y unos instantes después, oía en el aparato la voz aguda del banquero.

—¡Me alegro que me haya llamado, señor Conrad! —exclamó al reconocerle—. Se trata de un asunto algo... delicado, en vista de las circunstancias.

—Usted dirá. ¿Algún error?

—Sin duda. El sábado abonamos un talón del señor Champion, contra su cuenta privada. Era de cierta importancia: veinte mil. En la cuenta privada del señor Champion había un saldo levemente superior a la mitad, y a pesar de ello, autoricé el abono, dada la personalidad del señor Champion. No era cosa de enojarle por un detalle que estaba seguro de que solucionaría inmediatamente. Pero

aquel mismo día... ejem... tuvo el accidente, y... ¡esa cuenta está en descubierto y usted no sabe los trastornos que ello origina!

—Comprendo la situación, señor Stuart, y trataré de darle alguna solución. Hablaré con la viuda.

Pero el director estaba demasiado turbado para que todo fuera tan sencillo.

—No se lo he dicho todo aún... Hablé con la señora Champion esta tarde y... resultó enojoso, señor Conrad —Frank nunca había visto tan alterado al director del Banco—. Ella me aseguró que la firma estampada sobre el cheque era falsa.

—¿Cómo?

—Comprendo su extrañeza, pero ella fue inflexible. Yo mismo le llevé el talón a su casa y no tuvo duda alguna en afirmar su falsedad.

—Pero ustedes tienen un archivo con las firmas de sus clientes. ¿No la ha cotejado?

—Sí, señor.

—¿Y bien?

—Parece idéntica, señor. No habría problema si no la hubiéramos pagado y, sobre todo, si la cuenta no estuviera en descubierto, pero así...

—Los peritos calígrafos podrán determinar su autenticidad. Eso se hace siempre, según creo.

—En efecto. Y es lo que pretendo hacer mañana mismo. Pero antes quise hablar con usted. No queremos que este conflicto les haga cancelar sus cuentas y, al propio tiempo, debo defender los derechos de mi Banco. ¿Usted me comprende?

—Por completo. Le ayudaré en lo que pueda, señor Stuart. ¿Quién cobró ese talón?

—El empleado no ha sabido decírmelo; desde luego es un hombre y... estamos tratando de identificarlo, valiéndonos del testimonio de quienes le vieron. Odio los escándalos, señor Conrad, pero si esto no se soluciona entre nosotros, deberé llamar a la policía.

—No lo haga todavía. Tampoco me gusta la excesiva publicidad. Veré qué puedo hacer.

Cuando hubo colgado, Frank se recostó en el sillón giratorio y entrecerró los ojos. Habían sido excesivas Las impresiones de aquel día. Su cabeza era un verdadero cajón de sastre, donde todo andaba revuelto, sin orden alguno.

—Frank... Por fin has vuelto, Frank...

Se irguió, tenso, erizados los cabellos y con un escalofrío

rodándole hacia abajo, por la columna vertebral.

Se volvió. Alistair Champion estaba en la misma puerta de su despacho, iluminado irrealmente por alguna luz que entraba a través de las ventanas del fondo.

—Us... ted.

—Sí, Frank. Esta vez no escaparás.

—Pero...

Le vio avanzar con una rigidez escalofriante en cada uno de sus movimientos. Frank pensó en la rigidez de la muerte y su fatiga le impulsó a gritar desesperadamente.

Pero se contuvo. Champion avanzaba hacia él en la penumbra del despacho, solo iluminado por el flexo que lanzaba un cono de luz sobre el escritorio.

—Tienes que pagar tu crimen, Frank. Y tú infidelidad. Tú vas a ser el primero para que los otros sepan lo que es la angustia de una muerte que caerá inexorable sobre ellos.

—Es falso todo lo que dice —rodeó la mesa, poniéndola entre él y la aparición—. ¡Falso todo! ¡Incluso usted!

—¿No niegas que Rosemary y tú... os amáis?

—Eso es mentira.

—Yo mismo he visto cómo os besabais aquí, en este despacho.

Frank retrocedía hacia la puerta. No dudaba de que quienquiera que fuese la aparición, llevaba una pistola en algún bolsillo. Utilizarla, sería cosa de segundos y tenía que buscar la salvación en la huida.

—No hubo nada más.

—Ella solo buscaba mi dinero. Me engañó... Su pasado... —se interrumpió al advertir la maniobra de Frank—. ¡Quieto!

Echó mano al bolsillo y Frank corrió hacia la puerta. La franqueó antes de que Champion hubiera podido extraer el arma.

El muchacho corrió por los oscuros pasillos. Si encontraba al vigilante estaba salvado e, incluso, podría atrapar a su perseguidor.

—¡Garret! ¡Garret! —llamó.

Su voz retumbó en la oquedad silenciosa de los pasillos, obteniendo como única respuesta un gruñido a su espalda, un gruñido jadeante, como el de una fiera presta a saltar.

Abrió otra puerta y entró. Era la oficina general. Corrió por entre las mesas, tropezando en las sillas o en las papeleras. No podía evitarlo. Y cada ruido era una señal que servía a su perseguidor para seguirle el rastro.

Franqueó la puerta opuesta y siguió corriendo. Quizá la puerta principal estaría abierta y podría salir a la calle antes de que

Champion le tomara por blanco.

Dobló un recodo y casi tropezó con su enemigo. Este lanzó una maldición y Frank retrocedió vivamente, precipitándose escaleras abajo.

Lanzó un suspiro de alivio al ver la verja de la puerta. Como un náufrago que se sujeta a una tabla salvadora. Frank aferró la manecilla y la hizo girar.

Pero, estaba cerrada con llave. Champion, a su espalda, bajaba a trompicones la escalera. No tenía tiempo que perder.

Entró en otra dependencia y tropezó con algo.

Cayó al suelo violentamente. Por unos instantes quedó inmóvil, demasiado dolorido para seguir corriendo, pero los pasos en el exterior le impulsaron a realizar un nuevo esfuerzo.

Apoyó las manos en el suelo para incorporarse y sus dedos tocaron algo blando cubierto de tela.

Palpó febrilmente.

Era un hombre. Aun en la oscuridad le pareció reconocer a Garret, el vigilante. Subió la mano por la espalda y llegó al cuello del caído.

Algo viscoso le empapó los dedos.

¡Sangre!

¡Y los pasos ya estaban al otro lado de la puerta! Se levantó y cojeando huyó por la puerta opuesta.

La velocidad de la huida y la desazón de enfrentarse a lo desconocido, a un hecho escalofriante por su irrealidad, le habían hecho perder la serenidad. Mientras se alejaba, Frank se decía que no podía dejarse llevar por el pánico si no quería morir. No era miedoso. Nunca había sentido temor frente a ningún acontecimiento, pero aquello era superior a lo que una mente equilibrada podía soportar. Él había visto a Champion muerto, tendido en la losa de la Morgue, y ahora sabía que estaba a muy pocos metros de él. A pesar de su zozobra de aquel instante, se daba cuenta de que había muy pocas personas en el mundo capaces de enfrentarse a un muerto.

Tanteaba la pared del pasillo en busca de alguna puerta, mientras a su espalda, en algún lugar, seguía el monótono y escalofriante “toc, toc” de los pasos de un muerto...

Las manos se sorprendieron al encontrar una puerta.

La abrió sigilosamente y entró. Casi en el acto tropezó contra una mesa y casi cayó sobre ella. Al extender las manos comprobó que era el tablero de la centralita telefónica.

Un escalofrío de gozo le recorrió el cuerpo. ¡Allí podía estar la

salvación!

Cerró el pestillo de la puerta y alargó la mano hacia el interruptor de la luz, pero al tocarlo, la retiró arrepentido.

Si quería ocultar su presencia allí no podía encender luz alguna porque Champion vería la raya luminosa bajo la puerta.

En aquel instante, empezó a sonar el teléfono, furiosamente.

El agudo timbrado le conmovió. Resonaba lúgubrementemente en la reducida habitación. Era tan potente que resultaba imposible que no se escuchara fuera de allí.

Nerviosamente alargó las manos para tantear el tablero en busca del auricular. Mientras, el timbre repetía una y otra vez la llamada, insensible a la conmoción que causaba.

Por fin encontró el aparato y lo alzó de su soporte.

—¡Garrett! —una voz femenina que de momento no reconoció sonó al otro lado de la línea—. ¿Ha regresado el señor Conrad? ¿Sabe si ha encontrada el mensaje que le dejé? Estoy llamando a su casa y no me contesta...

¡Shirl! ¡Era Shirl!

Roncamente respondió.

—Shirl, soy yo, Frank Conrad, por lo que más quieras, avisa a la policía. Estoy encerrado en la cabina de la centralilla... ¡y fuera se encuentra Alistair Champion dispuesto a matarme!

Percibió la sorpresa de la secretaria.

—¡Frank! ¿Qué sucede?

—¡Por favor, date prisa!

—¿Es alguna broma? Yo le llamaba...

—¡Por el amor de Dios, llama a la policía!

¡Cloc! ¡Cloc!

Champion golpeaba la puerta. Frank, sin esperar respuesta de Shirl, colgó el auricular como si aquello pudiera servir para desorientar a su perseguidor.

La manecilla giró, pero el pestillo impedía entrar.

—Sé que estás ahí, Frank y sé también que no puedes escapar. Esa cabina no tiene ninguna otra puerta o ventana. ¿Quieres abrir o prefieres que destroce la cerradura a balazos?

El muchacho respiró hondo. Ya no tenía miedo. Enfrentando a la realidad de un peligro inmediato sus nervios se habían serenado.

No respondió. No tenía objeto.

En silencio se situó junto a la puerta, de forma que las balas no pudieran alcanzarle.

¡Chap! ¡Chap! ¡Chap!

En aquella ocasión, Champion había dotado a su pistola de un

silenciador y el impacto de las balas, astillando la puerta, era más sonoro que el estampido de las detonaciones.

—¡Esta vez no nos oirán los vecinos y nadie nos interrumpirá!

La advertencia tenía un tono triunfal, y Frank estaba seguro de que Champion no fallaría en aquella ocasión.

Pero al menos sabía una cosa: que él no iba a esperar pacientemente a que le asesinara, sin intentar algo para impedirlo.

Durante una pausa, alargó la mano y agarró la banqueta que diariamente utilizaba la telefonista. Luego, sigilosamente, descorrió el pestillo de la puerta y volvió a protegerse a un lado.

Champion le dio una patada a la hoja de madera y la puerta se abrió violentamente, desprovista de la resistencia del pestillo.

Una carcajada triunfal resonó fuera, y Frank, veloz como el rayo, lanzó el taburete por el hueco de la puerta.

Escuchó el impacto, la brutal maldición y la caída del taburete y de Champion.

Frank saltó detrás. En el suelo, su enemigo se retorció de dolor. El muchacho cayó sobre él y se enzarzaron en una pelea salvaje, al final de la cual solo podía estar la muerte. Frank ya no pensaba en que estaba luchando con un cadáver. Lo que notaba debajo de sus manos era algo demasiado sólido y lleno de vida para pensar en fantasmas. Allí estaba alguien que se hacía pasar por Alistair Champion; pero, ¿quién?

La mano armada con la pistola se volvió hacia Frank y este sujetó aquella muñeca. El desconocido llevaba guantes de seda para no dejar huellas dactilares, una medida muy prudente, dadas las circunstancias.

Pero no podía entretenerse en aquellas consideraciones, porque la fuerza de su enemigo era poco común.

El sudor rodaba por su frente con la violencia del esfuerzo. Sin embargo, Frank sabía que le iba la vida en aquella pelea y aquel convencimiento le prestaba nuevas energías.

La muñeca cedió y de un manotazo Frank le arrebató la pistola. Con ella en la mano, amenazó:

—¡Quieto, o disparo!

Su enemigo se inmovilizó, consciente de que no bromeaba. Frank se levantó para buscar el interruptor de la luz.

En aquel instante, fuera sonó la sirena de un coche patrulla y esto le distrajo.

—Ya vienen a por usted, amigo.

Desvió la mirada hacia la puerta, y aquello le perdió.

El desconocido le arrojó el mismo taburete que había servido

para desarmarle. El pesado proyectil golpeó a Frank en un hombro y le hizo caer, instante que aprovechó su prisionero para huir por el pasillo, lanzado en veloz carrera.

—¡Alto! —gritó, mientras buscaba la pistola caída.

Pero el fugitivo no obedeció, y un segundo después había desaparecido en el recodo.

El timbre de la puerta sonaba insistentemente. Frank se puso en pie y encendió las luces. No había ni rastro de Champion o quienquiera que fuese. No podía seguir buscando porque la policía apremiaba en la puerta principal.

Se dirigió hacia ella y vio a través de la verja y los cristales, al teniente Vinson, acompañado de dos agentes uniformados.

—No puedo abrirles de momento; está cerrada con llave. Iré a buscarla—, anunció.

Pero Vinson se lo impidió:

—¡No es preciso! —le gritó a través de la puerta—. ¡Suelte los tiradores de la segunda hoja!

Lo hizo, comprendiendo la idea del policía. Al ceder las dos puertas simultáneamente, la cerradura se desencajaba permitiendo la entrada.

—Llegaron ustedes en el último momento —exclamó Frank, todavía jadeando por la pelea—. Si se dan prisa, todavía lo encontrarán.

Otro coche se detuvo ante la acera y de él bajó Shirl precipitadamente. La muchacha subió los pocos escalones que separaban la calle de la entrada y exhaló un suspiro al ver a Frank.

—Gracias a Dios que la policía ha llegado a tiempo...

Conrad la cogió en sus brazos y, por primera vez en su vida, la besó sin importarle la mirada del teniente. Shirl, sorprendida, se sometió a la caricia, hasta que comprendió lo inusitado de la misma.

—Por favor...

Los policías ya se habían introducido en el dédalo de dependencias, en busca de la sombra de Alistair Champion...

CAPÍTULO VI

El teniente Vinson tenía una arruga vertical en la frente y carecía por completo de sonrisa o de cualquier otro gesto amistoso.

—Bien, Conrad, ¿va a decirme ahora la verdad?

Frank parpadeó. Habían sido demasiados acontecimientos en aquel día para que le vinieran ahora con una salida como aquella.

—¿La verdad? No le comprendo.

—¿Se ha divertido jugando con nosotros? —prosiguió el policía adustamente—; Si es así, explíquense el chiste y reiremos juntos.

—Oiga, teniente, han estado a punto de asesinarme y usted me viene con ese tono que...

El policía alzó la mano y Frank calló a pesar suyo, dado lo imperioso de aquel gesto.

—¿Quién quería matarle, Conrad?

—Alistair Champion —se dio cuenta de lo absurdo de aquella respuesta y añadió—: O alguien que se hace pasar por él.

—Alguien que tiene su mismo aspecto físico y su propia voz, ¿no?

—Efectivamente —asintió, más animado.

—Con una pistola.

—Sí.

—Y ha huido.

—¿Por dónde salió? Desde luego, no por la puerta principal.

—Me alegro oírsele decir, porque... ese misterioso visitante se ha desvanecido en el aire: no hay rastro de él. Las ventanas están cuidadosamente cerradas desde dentro... Sin embargo, su agresor ha desaparecido. ¿Puede darme una explicación?

Estaban en el despacho del teniente, en la Comisaría.

Frank empezaba a advertir el incómodo ambiente del recinto oficial y hasta era capaz de sentir la misma insistente inquietud de los miles de delincuentes y sospechosos que antes que él habían ocupado aquella dura silla oscurecida por el paso de tantos cuerpos.

—Oiga, teniente, yo creo que es usted quien debe solucionar el enigma. Yo soy... la víctima y...

—Sigamos hablando, Conrad. Usted huyó de su despacho al aparecer Champion. Él le persiguió hasta acorralarle en la cabina de la centralita telefónica, ¿no es eso?

—Es la declaración que he hecho antes al sargento de guardia —

recordó, mirando al folio donde constaba su declaración y que Vinson miraba de cuando en cuando.

—Sí, ya sé. Luego, Champion disparó contra la puerta, usted le tiró un taburete, le conmocionó momentáneamente y lucharon. Justo en aquel instante llegamos nosotros y Champion huyó, ¿es así?

—Exacto.

—Tiene usted buena inventiva, Conrad. Debería escribir novelas de misterio: un muerto que resucita y se esfuma a través de las paredes, una pelea que no existe, una pistola acusadora... Caramba, yo pensaba que usted era simplemente un burócrata.

—¡Oiga, teniente! —se enfadó Frank—. Esto ya es demasiado. No sé por qué se toma la libertad de burlarse de mí, cuando he corrido un grave peligro...

—Cálmese. Su actuación como actor es también digna del mejor profesional. Le diré algo, Conrad: le ha fallado un detalle. Cuando invente otra novela, téngalo en cuenta. La pistola debería haber tenido una huella además de las suyas...

—¿Cómo? ¿Qué quiere decir?

—Estaba limpia, aparte de sus huellas. Nadie la había tocado. Nadie... excepto usted. Si la hubiera empuñado otra persona, Champion, por ejemplo, habría dejado sus huellas dactilares.

—¡Oh, es eso! —Frank suspiró—. Llevaba guantes. Lo advertí al arrebatarme el arma durante la pelea.

—Le diré lo que sucedió. Por alguna razón, usted esté fingiendo que Champion ha resucitado. Es una estupidez, pero usted sigue adelante con su plan. Es evidente que trata de asustar a alguien. ¿A quién? ¿A la viuda? Es lo más lógico. Eso me hace pensar que usted busca algo un poco sucio... ¡Cállese! —chilló, rojo de cólera al ver que Frank trataba de interrumpirle—. Estoy hablando yo, y no tengo ganas de más historias. Usted, sin duda, trata de sacarle algo a la viuda, valiéndose de un chantaje, lo más probable. Ya me habló ayer de la historia del aparecido y esta mañana me mostró su herida. Y ahora ha querido redondearlo. Para ello ha ido a la oficina con una pistola, ha disparado varios tiros contra una puerta y luego ha aprovechado una llamada de Shirl para hacernos llegar. De no haber llamado mi secretaria usted mismo se las hubiera arreglado para telefonarnos en demanda de ayuda. Todo muy astuto, pero se olvidó de las huellas.

—¿Puedo hablar yo, teniente?

—Yo en su lugar no me molestaría: es inútil.

—Tengo derecho a defenderme.

—Por mi parte está condenado y... no veo más juez ni jurado a la vista —declaró cínicamente mirando el vacío despacho.

—¿Por qué no le pregunta a Garret, el vigilante? Él fue golpeado por el mismo individuo para que no pudiera acudir en mi ayuda.

Vinson sacudió la cabeza.

—Usted carece de algún dato que yo conozco ya. Garret ha declarado que recibió una llamada de usted a través de uno de los teléfonos interiores. Le dijo que acudiera al archivo y él se presentó allí y cuando abrió la puerta alguien le golpeó. No ha precisado que fuera Champion.

El muchacho arqueó las cejas.

—¿Dice que yo le llamé?

—Sí.

—Él no puede reconocer mi voz. Jamás le he llamado por teléfono. Dice que le llamé yo porque pensaba que no había otra persona en las oficinas.

—Puede ser, pero su declaración es terminante —y agitó otro folio similar al firmado por Frank, aunque con no menor texto—. Sírvale esto de aviso, Conrad. Ahora ya puede marcharse.

—¿Qué quiere decir con eso del aviso?

—No tengo motivos muy importantes para procesarle, Conrad. En realidad, no ha habido más delito que una falsa alarma y una contusión en la cabeza de uno de sus empleados. Garret no ha presentado denuncia y... yo quiero hacer la vista gorda por ahora. Así que...

—Muchas gracias, teniente —suspiró Frank, creyendo que todo había sido una broma.

Pero dio un respingo al oír al policía lo que le decía:

—No juegue con su suerte, Conrad. Si tuvo algún mal pensamiento, olvídalo. No habrá chantaje a la señora Champion ni fraude en la Compañía con esa historia de la resurrección de su jefe. He hablado con la señora Champion para explicarle exactamente lo ocurrido y también con el Administrador de la Compañía, Dennis Gibson, Están prevenidos ambos. No cederán al chantaje y usted no insistirá. Hágame caso y entierre definitivamente a su jefe. Y ahora, lárguese. Me ha hecho perder demasiado tiempo.

—Pe... pero...

—¡Fuera!

El ladrido tuvo el efecto de un huracán. El muchacho sintió el vozarrón del policía como un golpe de viento azotándole el rostro.

Sin una palabra, demasiado indignado para hablar, salió del despacho.

En el pasillo, una voz atravesó el torbellino de sus pensamientos haciéndole detenerse:

—Estaba esperándote, Frank.

* * *

Se volvió y dejó escapar un suspiro. Se trataba de Shirl, un poco pálida y con una mirada inquieta en sus ojos verdes.

Bajo el impulso del miedo o de la zozobra le había tuteado y a Frank esto le produjo la primera alegría de aquel día repleto de sinsabores.

—¡Shirl! ¿Qué haces aquí?

La cogió de los hombros. La muchacha era como una promesa de serenidad, algo real y lógico que nada tenía que ver con aquellos hechos insólitos de los que estaba siendo víctima.

—Gracias, sea cual sea el motivo que te haya hecho esperarme —añadió.

Luego la cogió del brazo y juntos salieron de la Comisaría. Al pisar la calle recibieron el fresco aire nocturno. La ciudad había reducido su agitación, pero seguía viviendo bajo los millones de luces encendidas.

—¿Cómo van las cosas, Frank?

—Mal. La policía no cree en mí. Piensa, incluso, que preparo un chantaje o alguna operación fraudulenta.

—Lo sé. El teniente ha hablado conmigo.

—¿Qué piensas?

La muchacha tenía las mejillas encendidas y se la veía nerviosa, como si no acabase de encontrarse a gusto en aquella situación.

—Sé que eres... —se interrumpió y luego mordióse los labios—. Sé que es usted inocente, señor Conrad.

La detuvo y la hizo volverse hasta tenerla frente a sí mirándola recto a los ojos.

—¿Por qué ese cambio, Shirl? Me agradó esa prueba de confianza al tutearme, y ahora... —se inclinó para besar aquellos rojos labios, pero ella le puso la mano en el pecho, conteniéndole.

—Por favor...

—Shirl, creo... creo que te quiero.

—Estás muy cansado, Frank. Has tenido demasiadas emociones y te sientes acosado. Eso provoca ese agradecimiento hacia mí. Mañana pensarás de otro modo. Seremos buenos amigos, pero... solo eso.

—Shirl...

Pero la expresión femenina era firme. Frank sabía que ella se mostraría irreductible.

—Yo te convenceré de que no es un sentimiento momentáneo.

CAPÍTULO VII

Frank miró a la secretaria de alto busto contenido en un suéter lila y permaneció impasible bajo la intensa mirada de la pelirroja. El examen duró un minuto; quizá, más. Posiblemente ella esperaba algo especial de aquel cliente, pero Frank tenía demasiados problemas para entretenerse en un *flirt* tan fácil.

—El señor Livesey le aguarda, señor Conrad. Pase usted, por favor.

Caminó ante él, contoneándose. El verano aligeraba tanto a las mujeres de ropa que bajo la suave falda ella era una ninfa tentadora. Frank se preguntó mientras entraba en el despacho del agente de bolsa si este no olvidaría a veces las listas de cotizaciones distraído por su estallante secretaria.

Livesey alzó su pequeña cabeza de los papeles que miraba y le examinó a través de los lentes. Era un hombrecillo pálido y nervioso, satisfecho solo entre sus líos bursátiles.

—¿En qué puedo servirle señor Conrad? —cloqueó—. Ha hecho usted muy bien en acudir a mí: estoy en condiciones de hacer por usted las mejores inversiones. Precisamente acabo de recibir un informe confidencial...

La secretaria había desaparecido y Frank cruzó las piernas.

—No he venido como cliente, señor Livesey. El motivo de que yo esté aquí es el señor Champion.

—No entiendo.

—¿Qué negocios hacía para él?

Livesey se humedeció los delgados labios.

—Temo que esté mal informado, señor... Nunca he trabajado para...

Pero Frank le interrumpió.

—Lo sé todo, de modo que no es preciso que finja ignorancia. Mi jefe, Alistair Champion, le encargó fuese reservado con sus encargos, pero él está muerto y las cosas se han complicado demasiado. Tanto, que este cheque cobrado por usted el sábado en el Banco de California es falso —dijo, mostrando el rectangular pedazo de papel.

—Oh, pero es absurdo...

—No hay nada absurdo, Livesey —Frank empleaba un tono duro, conminatorio—. Acabo de entrevistarme con el director del

Banco. Uno de los empleados le vio haciendo efectivo el cheque, y la señora Champion afirma que esta no es la letra de su marido. Es un asunto muy feo, Livesey: la policía está a punto de intervenir.

El hombrecillo sudaba lastimosamente, y sus mejillas habían perdido su característico tono rojizo.

—Él... me lo dio. ¡Lo firmó el señor Champion en mi presencia!

—¿Cuándo?

—El viernes por la noche.

—¿Dónde?

—En un restaurante de Orange Street, en el casco antiguo de la ciudad. Allí nos entrevistamos para cenar y cerrar un negocio.

—Bien; la viuda afirma que es falso.

—¡Qué tontería! Puede probarse que no lo es: estoy bien seguro.

—Eso le va a crear conflictos. Intervendrá la policía y se hará un peritaje. Tendrá que declarar y le preguntarán qué clase de negocios hacía Champion con usted. Nadie ignora que usted es un hombre que no hace preguntas y que se ha especializado en toda suerte de operaciones... secretas, vamos a decirlo así. Usted tiene contactos con ese mundo oscuro de la Bolsa donde se fraguan muchas operaciones fraudulentas. Si da ocasión a la policía para que investigue se verá en líos, Livesey.

—¿A dónde quiere ir a parar?

—He podido detener el escándalo, momentáneamente. Pero el Banco me exige resultados porque, dado el crédito del señor Champion, abonaron el cheque a pesar de que no había suficiente efectivo en la cuenta. ¿Comprende? Ahora tratan de cubrir el pasivo, pero la viuda se niega alegando que es falso.

—¿Y usted? ¿Qué dice usted? Era secretario del señor Champion y debe saber que la firma es auténtica. Pague usted el pasivo al Banco y todo quedará solucionado.

—Usted no lo entiende, Livesey. No importa lo que yo sea en este caso. Champion le dio un talón contra su cuenta privada, a la que yo no tengo acceso. Es la señora Champion quien debe aceptar el cheque y... temo que no esté dispuesta a hacerlo.

—¿Por qué? Como heredera ha contraído también obligaciones de su marido.

—Sí, pero ella sospecha que ese dinero se empleó en fines inconfesables y parece decidida a descubrir qué había de indebido en la conducta de su esposo. Quizá un tribunal le dé la razón, si se descubre que esa inversión lesionaba los intereses conyugales. ¿Sabe lo qué ocurriría en tal caso?

—No será fácil que gane el pleito —gruñó, a pesar de todo.

—Pero habrá escándalo, y un solo perjudicado: usted.

—¿Viene como embajador de la señora Champion? Sí es así, hágame su propuesta y yo veré qué decido.

—Actúo privadamente, Livesey. Mi único interés estriba en saber la verdad. Se están produciendo unos hechos insólitos y... necesito averiguar qué hay detrás de ellos.

—¿Por qué piensa que yo puedo tener alguna participación en eso que usted llama “hechos insólitos”?

—Cuando se hace una investigación se buscan datos, aunque se ignore en qué consisten dichos datos. Ese es mi caso. A cambio de sus confidencias le prometo ayudarle.

—¿Qué quiere saber? —la aceptación había sido inmediata.

—Usted no es el agente de Bolsa oficial de la Compañía. ¿Qué negocios hacía entonces para mi jefe?

—Le compraba acciones.

—¿Por qué le utilizó a usted?

—No quería que nadie se enterase de estas transacciones.

—Y por eso se entrevistaban lejos de todo lugar frecuentado por quienes estábamos ordinariamente a su alrededor.

—Así es.

—Por ejemplo, el *bungalow* de Laguna Beach.

Livesey arqueó las cejas.

—¿Cómo lo sabe?

—Aún conozco más datos; por eso no trate de encubrirme nada. Las acciones que compraba no eran para mi jefe, ¿verdad? No se han encontrado datos acerca de las mismas entre sus papeles.

—Bien: ahí comenzaba el secreto.

—¿Birgitt Nansen?

Los ojillos de Livesey parpadearon velozmente.

—¿También, la conoce?

—Ya le dije que solo vine para comprobar datos. Así, pues, usted compró acciones para Birgitt. Quería asegurar a mi jefe el porvenir de esa muchacha, ¿no?

—Sí.

—¿Dónde están esos valores?

—Yo soy el depositario.

—¿Usted?

—Es habitual. De esa forma puedo hacer cualquier operación con ellas en un momento determinado.

—¿A cuánto asciende lo invertido por mi jefa?

—Algo más de cuarenta mil.

—Una bonita cifra. ¿Todas al portador?

—Sí.

—¿Y los resguardos?

—Los entregué al señor Champion.

—Pero no han aparecido.

Se encogió de hombros Livesey.

—Quizá se los dio a la muchacha. Los dividendos los abonaba directamente en una cuenta que ella tiene en el Banco.

—Usted estuvo en el *bungalow* de Laguna Beach el día en que murió Champion, ¿no?

—¿Quién se lo ha dicho?

—Y usted dejó allí una nota. ¿Para qué quería ver a su cliente?

—Oh, cuestión de trámite.

—No, Livesey. “Las cosas han ido mal”, escribió usted en esa nota. Le urgía ver a mi jefe. Tengo ese papel en mi cartera, Livesey, Vamos, hable.

—Se trataba de... una operación —se humedeció los labios—. Tenía que comprar a la baja y... los valores aquellos se desmoronaron. Suponía una importante pérdida.

—¿Pudo hablar con Champion?

—No; quien le ha informado debe saber que me marché antes de que apareciera el señor Champion.

—Sí, pero usted regresó por la misma carretera que debía seguir él para llegar al *bungalow*.

—¿Qué supone?

—Pudieron encontrarse y hablar allí.

—¿Por qué habría de ocultarlo, si hubiese sido así?

Frank entrecerró los ojos. Livesey estaba alterado y sus movimientos resultaban irritantes de tan nerviosos.

—Tengo una imaginación muy viva, Livesey, y puedo suponer fácilmente que ustedes discutieron, que Champion le acusó de haberle estafado y que usted, para librarse de su acusación, le arrojó con su coche por el precipicio.

Su declaración tuvo la frialdad del hielo. El agente de bolsa estuvo un instante inmóvil, como abrumado por aquella acusación. Luego, de pronto, se le llenó el rostro de sangre y se levantó, chillando:

—¡Lárguese de aquí! ¡Salga inmediatamente! ¡Ahora mismo! ¡Fuera!

A sus gritos apareció la pelirroja secretaria. Frank se puso en pie, parsimonioso, y cruzó el despacho. Oía todavía a su espalda el jadeo de Barton Livesey cuando abandonó su oficina.

Frank entró directamente en el despacho del administrador, Dennis Gibson, en cuanto llegó al edificio de la Compañía. Gibson no estaba solo, como había pensado. Con él se hallaba León Morris, el barbudo administrador de las plantaciones de té de Ceilán.

Fue este quien habló primero.

—Vaya, al fin puedo hablar con usted, Conrad. Vine para una reunión de directivos y me encuentro con la muerte de Champion; quiero hablar con su secretario, y al parecer, no hace más que ir de un lado para otro mientras los asuntos se le amontonan en su mesa de trabajo.

Gibson miró con intención al muchacho.

—Anda algo ocupado, al parecer, con unos asuntos muy... peculiares.

Frank cerró la puerta cuidadosamente y luego miró a los dos hombres. Había enemistad en ellos, o se lo pareció. Morris nunca le había resultado simpático y las cosas no iban a cambiar ahora; y en cuanto a Gibson este nunca le había perdonado su ascendiente sobre Champion.

—Ya sé que el teniente Vinson ha hablado con usted.

—Celebro que lo mencione; la verdad, yo no me atrevía a hacerlo —asintió el administrador—. Y ahora, puesto que todos estamos enterados, espero que casen esas... apariciones.

—Usted piensa que miento, ¿verdad, Gibson?

—Sinceramente, no es corriente que alguien resucite, aunque ese alguien sea el pobre señor Champion.

Morris avanzó el torso, súbitamente interesado.

—¿Qué es lo que oigo?

Gibson asintió, con fruición.

—Nuestro buen amigo sostiene que se le aparece el señor Champion. Nada más que eso.

—Olvida algo —rectificó Frank, duramente—. He estado a punto de morir en un par de ocasiones.

—¿Tiene el señor Champion motivos para querer vengarse? —preguntó Morris, con intención.

—No; y no crea nada raro; sé que no es el señor Champion, sino alguien que imita muy bien su voz y sabe caracterizarse. Alguien de su misma corpulencia y que conocía bien a nuestro presidente. Pero yo le desenmascararé.

Gibson lanzó una seca carcajada.

—¿No cree que es una broma de muy mal gusto?

—En efecto.

—¿Y solo por una broma iban a producirse esas apariciones?

—No, Gibson. Hay algo más detrás de todo esto. Algo tenebroso.

Responde a un plan.

—¿Cuál? —inquirió Morris.

—Trato de averiguarlo —se dirigió hacia la puerta y antes de salir se volvió hacia los dos hombres—: Como usted ha dicho muy bien, Gibson, estoy muy ocupado estos días. Vea de que alguien me sustituya en la secretaría.

—¿Sabe que puede perder el empleo, Conrad? —preguntó duramente el administrador.

—Me hago cargo, Gibson, pero a pesar de todo seguiré adelante. Mi fidelidad por Champion no ha muerto con él, y alguien está tratando de beneficiarse de un accidente... muy peculiar.

Salió y cerró con violento portazo. Shirl estaba al otro lado de la puerta. Con una sola mirada comprendió que algo iba mal para Conrad.

—¿Qué te sucede? Gibson ha ido diciendo que habría que buscar nuevo secretario. ¿Por qué no abandonas este asunto y te dedicas al trabajo?

—¿Crees que van a consentírmelo, Shirl? Por dos veces trataron de asesinarme: la tercera no fallarán. ¿Debo aguardar pasivamente en mi despacho a que se les ofrezca una oportunidad? —la muchacha bajó la cabeza y Frank asintió—. Veo que lo comprendes. ¿No me deseas suerte?

Por toda respuesta, Shirl le besó los labios.

CAPÍTULO VIII

Frank tenía las manos sólidamente engarfiadas en torno al volante mientras conducía en dirección a la casa de Rosemary. Ya estaba en juego algo más que su vida: su misma honorabilidad como consecuencia de la desconfianza del teniente Vinson. Solucionar aquel problema era algo vital para él. Lo que hasta aquel momento había descubierto en torno a su jefe le hacía desconfiar de la versión oficial de aquel trágico accidente. Había algo más que un simple fallo de frenos, muy posiblemente una mano criminal.

Pero ¿de quién?

La persona que se hacía pasar por Champion acusaba a Rosemary. ¿Tenía motivos para ello? Él sabía que Rosemary no podía haber provocado aquel accidente, porque en la hora crítica estuvo en su compañía, en la veranda de la casa, pero si ella era inocente, otras personas pudieron atentar contra la vida de Champion.

Frank recordó las palabras del teniente. ¿A quién aprovechaba el posible crimen? No bastaba con la oportunidad de cometerlo; era preciso también un motivo.

Y mientras aguardaba el cambio de luz de un semáforo fue haciendo inventario: Rosemary heredaba la fortuna, por tanto era la máxima sospechosa; Rod Taylor, pensando vivir a costa de su hermana, también; Barton Livesey podía haber defraudado a Champion en las operaciones bursátiles; Birgitt Nansen quizá no era en el fondo más que una aventura para Champion, y desechada, pudo vengarse; Dermis Gibson, el administrador de la Compañía, podía haber hecho un desfalco; incluso León Morris, al que nadie controlaba sus manejos en Ceilán. Frank arrugó el entrecejo. ¿Por qué su jefe había sido siempre tan confiado acerca de la honorabilidad del administrador de las plantaciones? Nunca se habían revisado sus libros porque jamás nadie de la Compañía, excepto el propio Champion, había visitado Ceilán...

Dejó de pensar en aquello al cruzar ante el garaje donde habitualmente Champion y él reparaban sus automóviles, y algo que vio en la puerta le hizo desviarse hacia allí.

Porque el “Cadillac” destruido de su jefe estaba en la puerta, colgando de un camión-grúa, sin duda con objeto de llevárselo de allí.

Frenó y saltó a la acera. Casualmente, el rubio Sam estaba allí.

—Eh ¿qué es esto? Creo reconocer el coche del jefe.

—Así es, señor Conrad.

—¿A dónde lo lleváis?

—Al cementerio, señor. La señora Champion lo ha vendido como chatarra.

Frank arqueó las cejas.

—¿Chatarra? Pero podría repararse.

Se acercaron ambos a lo que quedaba del lujoso soche.

—No vale la pena, señor. Nadie lo compraría jamás sabiendo su origen.

El muchacho alzó la mano y la posó en la calcinada carrocería.

—Después de hablar contigo, el otro día estuve pensando en tus palabras, Sam. Pudieron fallar los frenos, sí, pero... ¿Y si alguien los preparó para que fallasen?

El mecánico se asustó. Conrad vio el sobresalto en las facciones del empleado del garaje.

—Oh, no estará pensando...

—No me hagas preguntas, ¿quieres, Sam? Es solo una idea. No hace mal a nadie el permitir que la imaginación vuele un poco, ¿sabes?

—No sé qué puedo decirle...

—Supongamos que alguien quería provocar el accidente... ¿Qué debería hacer?

—Algo no muy difícil; bastaría con quitarle el líquido a los frenos.

—No entiendo mucho de mecánica... ¿Cómo procederías tú para hacer tal cosa? Quiero darme una idea.

—Oh, pues... —se le veía confuso e incómodo con aquella conversación—. Abriría el depósito del líquido de frenos y...

—¿Dónde está?

—Debajo del chasis, en el centro, en la mitad delantera.

Frank lanzó una ojeada a su coche.

—Sería preciso tirarse al suelo y meterse debajo del vehículo; un poco complicado. Además, costaría algo de tiempo. Por otra parte, el coche del señor Champion estaba bien al salir de Los Ángeles.

—¿Cómo lo sabe?

—Recorrí la ruta que él hacía, y en Corona del Mar hay una pronunciada pendiente, pero que no es peligrosa. Si hubiera carecido de frenos al salir de la ciudad, allí lo hubiera advertido... sin mucho peligro, pues la carretera es recta, tiene excelente visibilidad y un repecho al final de la pendiente permite parar el

coche a los pocos minutos. No. Tuvo que suceder entre aquella pendiente y el lugar donde murió.

Sam movió la cabeza.

—Lo siento, señor, no le sigo... Lo que se relaciona con la cosa mecánica es mi fuerte, pero no he nacido para detective.

Frank pensaba activamente, intuyendo que en algún lugar próximo estaba la solución.

Se volvió hacia el coche retorcido y quemado. Colgaba de la potente grúa mostrando en parte el chasis.

Sam le siguió la mirada y le mostró un depósito fijado en el fondo.

—Vea, este es el depósito del líquido de frenos, y estos tubos los distribuidores que conducen el líquido a las zapatas de las cuatro ruedas. Al pisar el pedal del freno, el líquido circula por estos tubos y hacen presión sobre las zapatas.

Conrad seguía las indicaciones del mecánico con la máxima atención y vio que los tubos metálicos se interrumpían a la altura de las ruedas delanteras.

—Un momento. ¿Por qué no continúa el tubo hasta las zapatas? Aquí falta una pieza.

Sam sonrió.

—Recuerde que el coche se incendió. Los tubos metálicos se interrumpen en este lugar porque de ahí a las zapatas el líquido circula por sendos tubos de goma. Tenga en cuenta que las ruedas delanteras tienen que girar libremente. Por eso se utiliza la goma, y esta, con el incendio, debió arder.

—¡Oh! —Frank dio un respingo mientras sus ojos se abrían desmesuradamente—. ¡Ahí está la clave, Sam!

—¿Cómo? No le entiendo, señor...

—No importa —sacó dos billetes de cinco dólares y se los dio—. Te los has ganado.

Se volvió hacia el coche para marcharse, pero en aquel momento un descapotable azul eléctrico frenó violentamente tras él. Lo conducía Rosemary, radiante dentro de su vestido veraniego. Se cubría los ojos con unos lentes color caramelo y se protegía los cabellos con un pañuelo de gasa cuyas puntas le acariciaban el esbelto cuello.

Frank se aproximó a la viuda de Champion.

—¡Qué sorpresa!

—¿Qué haces aquí, Frank?—, preguntó ella, algo distante.

—Pasaba por aquí y reconocí el coche de Alistair. Me detuve para averiguar lo que sucedía.

—No tienes por qué ocuparte de estas cosas, Frank. Tu puesto está en la oficina.

—Precisamente quería hablarte de eso: he pedido unos días de permiso al administrador.

—¿Con qué motivo?

—Tengo algún asunto pendiente. Anoche alguien que se hace pasar por tu marido quiso asesinarme otra vez; tengo que hacer algo para impedir que en la próxima ocasión tenga más suerte, ya que la policía no me cree.

Ella se quitó los lentes. Sus ojos resultaban tan fríos y duros como el acero.

—Me habló el teniente Vinson, Cuida con lo que haces, Frank, Recuerda: a mi lado llegarás a Presidente, pero si tienes otro juego... mejor será que lo deseches.

Frank apretó las manos sobre la portezuela hasta que los nudillos le blanquearon.

—¿Tampoco tú me crees?

—No soy tonta.

—A veces lo pienso. No, no te enfades, Rosemary. Hemos sido buenos amigos, pero temo que nuestras rutas se apartan. He sabido muchas cosas acerca de Alistair en un par de días, cosas que me hacen pensar mucho...

Ella vaciló.

—¿De qué hablas?

—No vas a creermelo: de manera que, ¿para qué vamos a perder el tiempo? Ahora bien, yo en tu lugar no lo tomaría tan a la ligera.

—¿Qué es lo que no debe tomar tan a la ligera mi hermana, Conrad? —preguntó tras él Rod Taylor, acercándose.

Vestía un traje claro impecable y tenía la barbilla proyectada hacia adelante, en gesto agresivo. Sin duda había estado en el interior del garaje hasta aquel momento, hablando con el dueño del mismo y con otro individuo que debía ser el que acababa de comprar el “Cadillac” destrozado, para chatarra.

—Hablabamos de Champion y de su vida al margen de los negocios ¿Usted le conoció bien, Rod?

El hermano de Rosemary tardó algo en contestar, como si pensara.

—No; la verdad es que no llegué a verle... vivo. Rosemary se casó de improviso y yo estaba demasiado ocupado en mis asuntos para asistir a la boda.

—¿Muy lejos de aquí?

Taylor apretó los labios.

—Eso no le importa, ¿verdad?

—Oh, simple curiosidad. A propósito, hay algo referente a un cheque firmado por Alistair. Te consta que no es falso, Rosemary, ¿por qué lo rechazas?

La hermosa mujer crispó sus manos en el volante.

—¡No estoy dispuesta a dejar que una cualquiera me robe el dinero!

Frank arqueó las cejas.

—Vaya, sabías lo de Birgitt y tu marido.

Rod Taylor intervino, furioso:

—¡Basta ya, Rosemary! ¿Es que te has vuelto loca? Este tipo utilizará contra ti cuanto le des a entender. Y usted, Conrad, acepte mi consejo; deje de husmear por ahí y dedíquese a su trabajo en la Compañía... si quiere hacer carrera.

—Empiezo a pensar que nunca llegaré al sillón presidencial.

Les lanzó una mirada llena de firmeza y sin otra despedida entró en su coche.

Un instante después salía del aparcamiento dejando tras sí a una pareja inquietada.

* * *

Ya no le cabía duda de cómo había ocurrido la muerte de Champion. Solo tenía que confrontar su idea con los hechos y encontrar el punto de unión. Por eso tomó una de las avenidas que conducían hacia el sur a fin de seguir la carretera de Laguna Beach. Estaba seguro de encontrar lo que buscaba en el lugar exacto. Frank sentía la excitación propia del cazador cuando se halla próximo a la pieza.

En la clara mañana, resultaba siniestro pensar en asesinatos y en oscuros planes de venganza. Era como una ofensa a la dichosa naturaleza que se mostraba esplendente en aquel plácido estío californiano. Frank, sintiendo en su rostro la perfumada brisa matinal que entraba por las abiertas ventanillas, se dijo que el hombre no merecía la belleza del mundo porque constantemente la ensuciaba con sus torpes ambiciones.

A su derecha, fuera ya de la ciudad, vio la blanca sucesión de los muros del cementerio donde habían inhumado los restos de su jefe. Era un recinto donde la paz era constante, quizá el único lugar de aquella enorme ciudad donde la verdad se mostraba más al desnudo.

Casi sin darse cuenta hizo girar el volante y se introdujo por una

de las grandes calzadas del cementerio. Luego se apeó y caminó por los cuidados senderos, flanqueados de flores. Los panteones y las tumbas se alineaban a ambos lados, tan hermosos a la luz del sol que casi apetecía ocuparlos.

Torció por una transversal y vio al fondo el panteón de la familia Champion. Allí había un secreto. Ningún poder sobre la tierra podría arrancarlo porque los muertos no hablan, pero Frank, a medida que se acercaba, sintió un estremecimiento, como si se aproximase al lugar de una tragedia todavía viva.

Era un mausoleo de mármol, lujoso en su severidad. Parecía, por su tamaño, un pequeño edificio, e incluso tenía una puerta de barrotes, como las de los jardines de las grandes mansiones.

Apoyó las manos en ella recordando a su jefe y la verja cedió. Sorprendido, entró. Había un corto sendero y luego otra puerta, esta de madera labrada. Lentamente, la empujó, como con miedo.

Tampoco estaba cerrada.

Suavemente cedió. Una escalera conducía bajo tierra, al panteón. Recordó la hilera de nichos cubiertos allá abajo, y una bocanada fría ascendió del sótano al establecerse la corriente de aire.

Sin saber la razón exacta, empezó a bajar. Parecía que le atraía un misterio irresistible que hubiera en su interior, algo irreal, de otro mundo.

Sintió frío, y la boca seca después de permanecer en el cálido exterior. Sus zapatos chocaban contra los peldaños de piedra produciendo un sonido lúgubre en aquella oscuridad oscura. Frank sabía que al pie de la escalera había un interruptor que accionaba unos candelabros eléctricos, pero hasta llegar al fondo tenía que sumergirse, más y más en la oscuridad.

Por fortuna, había dejado la puerta abierta y el sol penetraba por ella, aunque no tan abajo. Su resplandor, no obstante, bastaba para convertir en gris aquellas tinieblas.

¡Plam!

La puerta se cerró de golpe y el impacto que le produjo en el espíritu fue como si recibiese un cañonazo o como si la misma tierra se hubiera abierto de pronto para engullirle.

Se detuvo. Jadeaba. Prestó atención. Un murmullo en algún lugar. Un roce. Algo que se deslizaba.

Apretó los puños hasta clavarse las uñas y hacerse daño. Por un instante, el temor atávico que todos llevamos dentro se levantó en oleadas, pero Frank se violentó para volverlo otra vez al lugar del que había salido. Tenía que mantenerse sereno, con la mente clara y

los nervios equilibrados.

Quizá su vida estaba en juego. Como las otras veces.

Continuó inmóvil durante unos segundos. El corazón golpeaba en su pecho con tal violencia que estaba seguro que se oiría en la oscuridad de la tumba.

Otra vez aquel ruido. Otra vez el susurro, como una respiración. ¿Saldría realmente Champion de su tumba?

Sacudió la cabeza hasta que le dolió. No. No podía dejarse arrastrar por la locura del miedo. Los muertos no resucitan, pero allí había algo.

Se había desorientado. Ya no sabía cuántos escalones le faltaban para bajar. Y no podía encender una cerilla. Eso no aliviaría la situación. Sí, realmente, había alguien, él ofrecería un blanco envidiable con un fósforo encendido en la mano.

Tenía que llegar al pie de la escalera y encender la luz. Eso no solo le serenaría los nervios, sino que, además, descubriría a quién estuviera escondido.

Entonces solo tendría que luchar por salvar la vida. Paro cara a cara y sabiendo contra qué luchaba.

Extendió el pie y empezó a bajar, pero su tacón se le enganchó en algún saliente imprevisto o calculó mal.

Cayó violentamente, rodando.

Solo pensó en protegerse la cabeza con los brazos y se dejó rodar como un tonel.

Llegó al fin al fondo, magullado y dolorido, pero sin grave daño. El estrépito había sido capaz de despertar a un muerto y unos pasos precipitados resonaron de pronto por encima de su jadeo.

Los sintió muy cerca. Alguien trataba de huir.

Ya no pensaba en la muerte, sino en que tenía al alcance de la mano la solución a todas sus preocupaciones.

Se incorporó y guiándose por el sonido de los pasos se abalanzó al encuentro de ellos.

Abrazó un cuerpo y ambos rodaron. Lo que tenía entre los brazos parecía un felino, suave y ágil, pero feroz. Sintió unas garras clavándose en su piel y unos dientes agudos que le mordían la mano, gruñendo.

Frank tornó más violenta la presa, conteniendo la feroz y desesperada acometida.

Luego se levantó y alcanzó la pared. Con el brazo libre pulsó el interruptor y la luz procedente de los candelabros llenó el panteón.

Soltó a Birgitt que todavía le arañaba para soltarse.

—¡Us... ted! —jadeó, descompuesta la ropa por la lucha, caído el

cabello por los ojos y con el terror pintado en ellos—. ¡Usted!

La sorpresa de Frank no fue menor.

—¿Qué haces aquí?

—¡Oh...! —retrocedió. El vestido veraniego se había arrugado y con habilidad se lo alisó.

—Tienes uñas y dientes como las fieras —exclamó el muchacho—. Por un momento pensé que luchaba con una pantera.

Le sangraban los arañazos de las manos y la mejilla.

—¿Qué haces aquí? —añadió con firmeza.

—Vine...

—¿Por qué?

—No le importa.

Fue a salir, pero Frank le cortó la salida.

—Vendrás conmigo a la policía.

—No; hablaré.

—¿Bien?

Ella miró en torno, asustada todavía. Había varios nichos. Cuatro en total. Los padres de Alistair Champion, él mismo y el hermano de este, Glenn Champion, muerto quince años atrás.

—Esta mañana... muy temprano... alguien entró en el *bungalow* de Alistair. Espié y... me pareció él.

—¿Quién? ¿Alistair?

Ella asintió.

—Lo vi de lejos y tenía su misma corpulencia y hasta idénticos andares. Me fijó mucho en cómo anda una persona. Me vestí y me acerqué al *bungalow*. Se me ocurrió que Alistair podía no haber muerto y que lo que trataba era burlar a todos los que vivían a sus expensas...

—¿Y no era él?

—No le vi bien, solo de refilón. Su mismo bigote... Todo... Montó en un coche y le seguí en el mío. Siempre tras él llegué aquí.

—¿Al cementerio?

Asintió ella.

—Le vi entrar aquí y yo aguardé fuera durante más de una hora. Al fin me atreví a bajar y... no había nadie. Luego llegó usted.

Temblaba, quizá por el frío. Birgitt iba demasiado escotada. Frank la rodeó con su brazo.

—¿Estás segura?

Birgitt afirmó con la cabeza.

—¿Qué pensabas hacer?

—No sé... —miró a los nichos—. Salgamos. Es todo tan tétrico...

Frank se aproximó al nicho de su jefe. El mármol estaba

sólidamente encajado, como cuando lo dejaron los obreros, tras el entierro. Las letras doradas señalaban el lugar donde descansaba para siempre su cuerpo. ¿Qué misterio había allí?

Examinó cuidadosamente el panteón. No era posible que nadie se escondiera en aquel lugar y no había otra puerta que aquella que se abría arriba de la escalera. Sin embargo, Birgitt no parecía mentir.

—No sabía que Alistair tuviera un hermano —oyó que Birgitt decía a su espalda.

—Una historia muy triste. Los Champion han sido una familia trágica. Vámonos.

—¿Por qué dice eso?

—Los padres murieron en un accidente de aviación y apenas pudieron encontrar parte de sus cuerpos. Glenn mató a un hombre y luego se suicidó, y en cuanto a Alistair... todos sabemos cómo acabó.

La cogió del brazo. Estaba frío. En la pared opuesta otros cuatro nichos, vacíos, abrían sus fauces como monstruos hambrientos por cobrar su pieza.

El contraste en el exterior fue violento. El sol cegaba y el calor parecía salido de la boca de un infierno en contraste con el frío de abajo.

—No rondes demasiado estos lugares. Birgitt, o terminarás mal. Ese hombre al que has seguido es un asesino.

* * *

Allí estaba el Parador del camino y adosado a él un garaje con surtidores de gasolina. Frank situó el coche en la explanada para el aparcamiento y entró en el Parador. Era temprano para que hubiese clientes. Estos llegaban más tarde, a la hora del almuerzo o al anochecer. Pidió un batido helado en el mostrador, y cuando el camarero se lo hubo servido Frank le mostró una foto de Champion.

—Usted lo conoce, ¿verdad? Hace años que trabajo en su empresa.

El camarero no desconfió después de aquello.

—Oh, sí, pero... Murió.

—Lo sé. Estoy investigando aquel accidente. Más bien, lo que hizo poco antes de sufrirlo. Andamos buscando un documento que extravió, puesto que no ha aparecido.

—Es muy posible que se quemara con el coche.

—No lo creo probable. Tenía que haberlo puesto en el correo y no lo hizo. ¿Recuerda si él estuvo aquí el día que murió?

—Desde luego. Ya lo declararé a la policía cuando hicieron la información.

—Excelente. Está usted colaborando muy bien y eso justificará ante mis jefes una propina —ante aquella palabra el camarero se animó—. ¿Se entrevistó con alguien aquí?

—No.

—Entonces, ¿por qué se detuvo? Acababa de salir de Los Ángeles y la distancia es tan corta que no pudo sentir apetito o tener sed...

—Bebió algo, aunque... sí, recuerdo que dijo que no tenía ganas, pero que en algo debía emplear el tiempo mientras le miraban el coche.

—¿El coche? —Frank estuvo a punto de lanzar un grito de júbilo—. ¿Algo le funcionaba mal?

—No podría asegurarlo, pero tengo idea de que era así... Habló de un ruido...

—Gracias —le dio dos billetes de diez dólares—. Me ha sido usted muy útil.

Cruzó la explanada y entró en el garaje. En el foso había un mecánico, y en la oficina el dueño del negocio.

Entró directamente en la oficina.

—El sábado arreglaron ustedes el coche de mi jefe —y le mostró la foto.

El dueño, un hombre canoso y aburrido, gruñó:

—¿Alguna reclamación?

—No; más bien quiero comprobar unos datos.

—¿Dice usted el sábado?

—Sí.

—Ese día estaba yo de viaje.

—Me consta que mi jefe reparó su coche aquí.

El individuo miró mejor la foto.

—Oiga, ese tipo parece el mismo que se mató en el acantilado.

—En efecto.

—¿No irá usted a responsabilizarme?

—¡No! sería mala publicidad para su taller. ¿Qué le ocurría al coche?

—Según el parte de trabajo, tenía unos tornillos flojos. Al parecer, el jefe de usted notaba un ruido persistente y se detuvo para que le echaran una ojeada al coche. Poca cosa. Costó quince minutos reparar la avería.

—¿Puede llamar al mecánico que hizo el trabajo?

El dueño le miró extrañado. Luego tiró de un cajón y sacó un parte de trabajo en el que leyó la firma.

—Lonner —sacudió la cabeza—. No está.

—¿Qué quiere decir con “no está”?

—Se fue. Se despidió.

—¿Cuándo?

—El sábado. Cobró y se despidió.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Ah. No le gustaría el sitio. No me extraña. Mis mecánicos van y vienen, sin durar ninguno mucho en el empleo. A la gente le gusta la ciudad y el trabajo reglamentado, y aquí tenemos que estar de guardia día y noche.

—¿Cómo se llamaba?

—Jeb Lonner.

—¿Hacía mucho que estaba aquí?

—No; un par de semanas, o menos quizá.

—¿Lo conocía de antes?

—¡Oiga! ¿A qué viene tanta pregunta?

—Usted dio trabajo a un asesino. ¿Le basta con eso?

El hombre palideció.

—¿Un... asesino? ¿Es usted de la policía?

—No; soy lo que le he dicho realmente. Pero avisaré a la Brigada de Homicidios tan pronto como lo considere oportuno.

El hombre se dejó caer en un viejo sillón.

—¡Santo cielo! —luego se reanimó—. ¡Oiga, yo nada tengo que ver con...!

—Demuéstremelo colaborando. ¿Qué sabe de ese hombre? ¿Dónde vive? ¿A dónde se dirigió? ¿De dónde procedía? ¿Le visitaba alguien?

—¡Rayos, no puedo responder a nada!

—¿Y usted lo empleó desconociéndolo todo de él?

—Ya le he dicho que la mano de obra es escasa en estos lugares. Lo acepté y nada más. Su documentación estaba en regla, aunque no pertenecía a ningún sindicato, eso es verdad. Me extrañó, pero no dije nada. Los obreros no deberían estar sindicados; son más peligrosos para los patronos cuando les meten ideas raras en la cabeza.

Un mecánico entró en el despacho y el dueño ladró:

—¡Oye, Steve, este señor me hace preguntas sobre Lonner! ¿Sabes tú dónde se le puede encontrar?

El recién llegado sacudió sus oscuros cabellos.

—No; ¡qué tipo tan hosco! Siempre parecía que venía de un funeral.

—¿Cómo era? —preguntó Frank—. Descríbamelo.

El mecánico sonrió.

—Haré algo mejor. Hace una semana acerté en las carreras de caballos y lo celebramos ruidosamente. Todos bebimos de lo lindo y nos sacamos una foto. Véala. Nos la hizo un tipo sin que nos diéramos cuenta, en pleno jaleo.

Frank la tomó en sus manos. Tres hombres estaban en ella. Se les veía satisfechos de haber comido y bebido hasta la extenuación. Ninguno de los tres miraba hacia la cámara, sin duda porque ninguno se había percatado de su existencia.

Esa era la razón por la cual Rod Taylor figuraba en ella. De haberse percatado del peligro que se cernía sobre sus planes habría impedido que le fotografiasen.

Porque aquella prueba serviría para llevarle a la cámara de gas.



Algo se deslizaba en la oscuridad del panteón

CAPÍTULO IX

Lo sabía todo ya. Todo... excepto la identidad del falso Champion. ¿O no era tan falso como suponía? Movi6 la cabeza, desechando aquel pensamiento. No podía permitirse el lujo de pensar en fantasmas. O en resucitados que salen de la tumba para vengar su asesinato.

¿Vengar? ¿Había dicho vengar?

Aminor6 la marcha del coche. Si aquello duraba mucho acabaría por volverse loco. No era posible que los nervios de nadie resistiesen aquella horrible tensi6n durante tan prolongado espacio de tiempo. Venganza... SÍ; aquella enloquecida y enloquecedora aparici6n parecía el sÍmbolo de la venganza. Incluso sus palabras hablaban siempre de castigar a los culpables de la muerte de Champion.

Pero los culpables eran Rosemary y su hermano. ¿Serían realmente hermanos? La aparici6n hablaba tambi6n de 6l, Frank Conrad, había traicionado a su jefe. No era cierto. 6l no había tenido participaci6n alguna en su muerte, y la prueba era que estaba luchando para descubrir el secreto que se ocultaba detrás de aquel misterio. Pero, en cambio, no podía negar que Rosemary y 6l habían bordeado en más de una ocasi6n un terreno peligroso. No por culpa de 6l. Frank recordaba las veces que había “ignorado” las insinuaciones de Rosemary, y tambi6n las ocasiones en que por un momento se había rendido a su encanto irresistible.

Ella tenía fuego en los labios. Rosemary no era mujer capaz de guardar fidelidad a nadie y, menos, a un hombre que le doblaba la edad. Si 6l, Frank, hubiera sido un canalla, habrÍa tenido más oportunidades de subir en el escalaf6n de la Compañía, pero había usado de la necesaria habilidad para alejarse de ella, sin ofender..

Volvi6 a su tarea de conducir el coche. Rosemary había arruinado la vida de Champion. Ella no resistía la espera. No habrÍa podido soportar más a un marido viejo y decidi6 eliminarlo. Rod Taylor la ayud6. La cosa no habrÍa sido difícil. Unos tornillos flojos en el coche obligaron a Champion a detenerse en el garaje pr6ximo a Corona del Mar. Rod Taylor le estarÍa aguardando allÍ desde dÍas atrás, en su papel de mecánico. No tenía ninguna dificultad, puesto que Champion no lo conocía. Conseguir un empleo allÍ con falsa documentaci6n resultaba aburridamente sencillo. Champion

llegaría al garaje y mientras tomaba un refresco, Taylor reparó la avería... y cortó uno de los tubos que contenían el líquido del freno. Un corte con una navaja bastaba. Algo totalmente sencillo. Champion montó en su coche y reanudó la marcha. Si utilizó el freno antes de llegar a la cuesta, no debió notar el fallo porque, a pesar de la pérdida del líquido, tendría este la suficiente presión. Pero en cuanto se inició la pendiente, los frenéticos pedaleos de Champion tratando de aminorar la marcha bombearon el líquido fuera de sus conductos y dejaron el coche libre por la pendiente. El accidente era solo cuestión de segundos.

Frank suspiró ruidosamente. Le sudaban las manos aferradas al volante. Era tan ignominiosa aquella manera de matar que le producía náuseas el simple recuerdo.

Entraba ya en Los Ángeles. No tenía ninguna duda respecto a sus deducciones y todo estaba muy bien, pero faltaba algo, quizá lo principal: averiguar la identidad de quien se presentaba como Champion. Aquella era una pieza que no conseguía encajar nunca, por más vueltas que le diese al problema.

Llegó ante el edificio de la Compañía cuando salían los empleados para el almuerzo. Entre ellos, vio a Shirl y aproximó su coche a la acera. La muchacha se alegró al verle.

—¿Me esperabas?

Subió y se acomodó junto a él.

—No me sentía con fuerzas para comer solo. ¿Me permites que te invite?

Ella asintió.

—Te veo preocupado. ¿Qué has estado haciendo?

—Quizá, he ido a buscarte porque necesito hablar con alguien.

Buscó un lugar para aparcar próximo al restaurante en el que encontró a Vinson, días atrás. Precediéndoles el camarero, llegaron a una mesa próxima a la del rincón que ocupaba habitualmente el teniente de policía. Apenas se habían sentado, cuando apareció en la puerta Vinson.

Fingió no verles pero al llegar a su altura se detuvo.

—¿Es casualidad encontrarle aquí Conrad?

—No.

El otro aguardó.

—Tiene sitio en esta mesa, si no le molesta la compañía.

El teniente se sentó sin dejar de mirar al muchacho.

—¿Otra historia?

—Esta vez tengo algo más; incluso pruebas. ¿Le convencerá eso?

—Luego dictaminaré. Empiece.

Estaba tenso, molesto sin duda. Frank pensó que a la policía no le gustaba reconocer sus propios errores.

Llanamente le contó cuanto sabía, desde el principio hasta el fin e, incluso, mostró la fotografía que le había comprado al mecánico del garaje de Corona del Mar.

—¿Y ahora?

Vinson se ocupó del consomé frío que le habían servido.

—Apártese de esto, Conrad.

—¿Es cuanto se le ocurre?

—Yo trabajaré en ello. Los aficionados como usted a veces obtienen resultados, pero siempre acaban estropeándolo todo. Gracias por lo que ha hecho... pero tómese unas vacaciones.

—¿Cree que eso es posible?

—¿Hay algo que lo impida?

—Mi propio yo. Este es mi caso, teniente. Por él he sacrificado mi porvenir y mi vida ha estado en peligro. ¿Cree ahora que puede apartarme a un lado? Tengo, al menos, derecho a mirar triunfalmente a la cara de los culpables.

—Lo verá en el juicio... si es que hay algo lógico en lo que me ha contado.

—¿Todavía no me cree?

—Por supuesto, comprobaré antes todos los extremos. No me gusta tirarme una plancha.

—Ah, ya, y mientras ellos podrán escapar.

—¿Ellos? ¿Se refiere usted a la señora Champion y a su hermano? No sea tonto, Conrad. Si son culpables no huirán porque saben que eso les delataría y, si son inocentes, cuanto más tarde en reconocer mi error al hacerle caso a usted, mucho mejor.

No habían terminado de comer, pero en cualquier caso el apetito se había extinguido. Una mirada sirvió a ambos jóvenes para ponerse de acuerdo.

—Está bien, teniente. Como ciudadano he puesto en su conocimiento cuanto sabía. Buenas tardes.

Salió del restaurante llevando a Shirl. Ella estaba indignada.

—Ese tonto y fatuo buscapiestas...

—En medio de todo, le comprendo, Shirl. Mi historia es fantástica y ellos tienen que trabajar con hechos: si fuesen a hacer caso de todos los lunáticos que llegan a las comisarías acabarían en el manicomio. El hecho de que yo tenga razón no importa mucho ahora. Vamos.

—¿A dónde?

—Tú a la oficina y yo a charlar con Rod Taylor.

—¿Vas a ir a su casa?

—Sí.

—¿Te atreverás a meterte en la boca del lobo?

—No tengo miedo.

Mientras conducía hacia la oficina permanecieron en silencio. Shirl estaba dando vueltas a lo que había escuchado. Por fin, cuando se detuvieron ante el edificio, ella decidió:

—Te acompañaré.

—No.

Shirl se volvió hacia él. Tenía una expresión resuelta en sus bellos ojos verdes.

—Escucha bien esto, Frank Conrad. Para bien o para mal estoy resuelta a seguirte por el resto de mi vida. ¿Sabes lo que significa eso?

Tenía las mejillas encendidas y eso la hacía más hermosa.

Frank detuvo el coche junto al bordillo.

—¿Sabes lo que esto significa?

Ella asintió y no opuso la menor resistencia cuando Frank la besó. Era dulce aquella caricia y, sobre todo, llena de amor. De ello se dio cuenta él al notar aquel estremecimiento dentro de sí, aquella ansiedad que le hacía más humano y que le impulsaba a desear estar siempre junto a la hermosa muchacha.

—Te demostraré que no te has equivocado al elegirme; pero es peligroso que me acompañes. Además, el administrador se pondrá furioso si no acudes al trabajo. Yo he perdido casi el empleo, pero tú no debes imitarme en eso.

—Tengo varias fiestas por recuperar y puedo disponer de ellas. Subiré un instante y avisaré que no trabajaré hoy por la tarde. Pero has de esperarme, o... empezaría con mentiras y desconfianza nuestro amor.

Frank dudó un instante.

—De acuerdo. Pero te quedarás siempre en el coche. Ella rio.

—Ya veremos.

Un minuto después estaba de nuevo en el coche. Respiraba agudamente por la carrera. Sin duda había desconfiado de que él la aguardaría.

—Todo arreglado. ¡Ah! Alguien te llamó, una chica, Aquí está su nombre y teléfono. ¿Quién es esa Birgitt?

—Una jovencita relacionada con el señor Champion. Pero ya has oído mi declaración al teniente.

—Sí; y me pregunto qué clase de cita quiere ella, de ti.

—Lo mejor será averiguarlo, ¿no crees? —bromeo él, mientras

ponía en marcha el automóvil.

Desde un bar llamaron al número de Birgitt, Debía ser otro local público, porque el hombre que respondía prometió que avisaría a esa cliente. Tuvieron por el que esperar unos instantes, pero al fin oyeron la voz de Birgitt, Shirl pegado el oído al auricular empuñado por Frank.

—¿Qué ocurre? —preguntó este.

—¡Gracias a Dios que le han localizado! Es algo urgente. Venga enseguida.

—¿A dónde?

—¡Venga le digo! ¡No pierda el tiempo! ¡Estaré en el panteón de Champion!

—¿Qué ocurre allí?

—He descubierto algo muy... muy importante. ¡Deprisa!

Y colgó.

Shirl se llevó la mano a la garganta, intimidada.

—No deberías ir. ¿Por qué no llamas a la policía?

—¿No has oído al teniente Vinson? El actuará, sí, pero con la clásica lentitud del que quiere caminar seguro. Para cuando lleguen al cementerio, después de comprobar minuciosamente cada una de mis declaraciones, ya todo habrá concluido. Vamos.

La cogió por el brazo y salieron juntos del local público.

El camino hasta el cementerio se les hizo interminable. Cuando al fin vieron los muros de un blanco deslumbrador, Shirl se estremeció y Frank tragó saliva con dificultad, intuyendo algo demasiado siniestro para sus sencillas mentes de personas de bien.

Enfilaron el coche por la avenida principal y llegaron hasta el aparcamiento interior del que salían, en forma radial, los distintos senderos que serpenteaban por entre hileras de panteones y de flores.

Frank condujo por el camino que conducía al mausoleo de Champion. Llevándola de la mano, el muchacho percibió el temblor femenino y la miró.

—No deberías haber venido.

—Estoy mejor a tu lado. Sola... tendría demasiado miedo.

Avistaron el panteón. Todo estaba silencioso. Parecía imposible que nada horrible pudiera encontrarse allí. Era la paz de los muertos, pero Frank sabía que hasta aquel apartado rincón de la tierra, donde se suponía que los muertos encontraban el sosiego que no habían hallado en vida, había llegado la ambición y la locura de los vivos.

Empujó la verja. Esta rechinó. Shirl se estremeció a pesar de la

sonrisa animosa que le dedicó Frank. La grava del sendero crujió bajo sus pies.

—¿Dónde estará esa mujer?

—Quizá abajo —respondió él.

Apoyó las manos en el portón que daba a las escaleras y cedió. El resplandor del sol iluminó la primera docena de escalones, pero más abajo era todo oscuridad.

Oscuridad y silencio. Y un olor a muerte que erizaba...

—¡Birgitt!

La voz retumbó, sarcástica, en la oquedad del panteón.

—¡Birgitt!

Era como una llamada enloquecida en un mundo poblado solo por fantasmas.

Frank inició el descenso, pero Shirl se resistió.

—¿Vas a entrar?

—Creo que debo averiguar qué hay abajo.

No cabía dudas respecto a lo que suponía. Shirl miró hacia atrás. Quedarse allí, aun a pleno sol, rodeada por los inmóviles testigos de la ruina humana que eran los mausoleos, era mucho peor que sentirse relativamente segura al lado de Frank.

Inició el descenso ella también. Los pasos de ambos eran como un redoble de esqueletos sobre la piedra de la escalera. Frank, previsora, había cogido la linterna de la bolsa de herramientas del coche y la encendió.

El haz de luz recorrió el techo marmóreo y luego los escalones húmedos. Sujetaba a Shirl firmemente con su mano derecha mientras la izquierda le servía para manejar la linterna. Frank se reprochó haber llevado a la muchacha a aquel lugar, pero ya no podía retroceder.

Llegaron al fondo. Las losas de mármol formaban rombos y dibujos geométricos.

—¡Birgitt!

La llamada retumbó otra vez, ahora más apagada. El cono de luz se dirigió hacia la pared. Primero enfocó los cuatro nichos vacíos, sin lápidas, como encías desdentadas. Luego pasó a la otra pared, de arriba a abajo...

En lo alto, las dos tumbas de los padres de Champion. Luego, la de este, nueva, reciente, brillante.

Por último, próxima al suelo, la de Glenn Champion, el hermano de Alistair.

¡Y una mano blanquísima, crispada, emergiendo por entre la juntura de la lápida!

Shirl chilló hasta enloquecer y se desplomó.

CAPÍTULO X

Encendió la luz de los candelabros y dio unos cachetes en las mejillas de Shirl, para reanimarla. El color volvió a ellas y las fuerzas le permitieron, otra vez, ponerse en pie.

—Oh, Frank, Frank... ¡sácame de este horror!

—Vamos, tienes que ser valiente. Hemos de desvelar este secreto. Adelante, me dijiste que eras animosa.

Miró ella hacia la tumba del hermano de Alistair Champion. Era horrible aquel gesto crispado de la mano que emergía. Una mano fina, joven y que mostraba una desesperación sin límites.

—Quédate aquí, yo veré de qué se trata.

Frank se acercó a la lápida. Un escalofrío le recorrió la espalda. Era una mano femenina, de largas uñas laqueadas, una mano que habría querido salir de aquella prisión.

La tocó. Estaba caliente todavía. Introdujo los dedos entre la rendija de la losa y tiró hacia sí.

El mármol cedió, pero no se desmoronó la lápida, como pensaba, sino que giró sobre un resorte.

¡Y el cuerpo de Birgitt Nansen cayó hacia adelante, desparramado su largo cabello, muy abiertos los ojos y con un cuchillo clavado en la espalda!

Shirl chilló a la vez a punto de desmayarse, pero venció su horror. Frank examinó el interior de la tumba con su linterna y lo que vio no le sorprendió menos que la vista del joven cadáver de Birgitt.

Porque aquella tumba era, en realidad, una habitación bastante amplia, amueblada con una cama, un sillón y una mesa.

Frank sacó el cadáver y se introdujo él en aquel recinto, dotado también de luz eléctrica. Ahora se explicaba por qué Alistair Champion había tenido la peregrina idea de dotar de electricidad su mausoleo.

Aquello era, en realidad, un escondite.

Vio un aparato de radio en un rincón y un armario frigorífico capaz de contener gran cantidad de alimentos. Una simple ojeada le bastó para comprender lo ocurrido. Había una mancha de sangre junto a la mesa y luego el surco que Birgitt había dejado mientras se arrastraba hacia la salida, que no había podido franquear.

La muchacha había descubierto el escondite que se abriría

maniobrando en alguno de los adornos de la lápida y, valientemente, había entrado para averiguar la identidad de quién poseía tan insólito escondite.

Pero el asesino la había sorprendido y no dudó en silenciar sus labios. Luego, marchó, pero Birgitt no había muerto aún y con un supremo esfuerzo se deslizaría hasta la salida para avisarle de su presencia.

Pero ¿quién era el asesino?

Miró en torno, buscando elementos de juicio.

Había una cartera de mano sobre la mesa y la abrió. Contenía documentos de la Ceylon's Tea Company, y la revelación le cegó.

—¡Shirl! —llamó—. He encontrado algo que descubre el secreto.

Salió de allí y pasó junto al cadáver de Birgitt, sintiendo profundamente su muerte, y cogió del brazo a la muchacha.

—Vámonos. Tenemos que darnos prisa si queremos evitar nuevas muertes.

—¿Vamos a dejar...? —y miró el cadáver.

—No podemos hacer nada por ella. Deprisa.

Salieron a la rotunda realidad del sol. Frank apretaba con firmeza la cartera que había encontrado en el escondite. En su frente se marcaban unas profundas arrugas que delataban la intensidad de su pensamiento.

—¿Qué has averiguado, Frank? ¿De quién es esa cartera?

—Del asesino —respondió poniendo en marcha el coche—. Y según lo que he encontrado dentro alguien más va a morir. No sé si llegaremos a tiempo.

Salieron del cementerio a toda velocidad y rodaron durante unos minutos por las anchas calles de Los Ángeles, con dirección a la casa que había sido de Champion, en vida.

Llegaron a la verja y la franquearon. Subieron corriendo al porche, pero no se entretuvieron en llamar porque las acristaladas puertas que daban al jardín estaban abiertas.

Las cruzaron y se encontraron en un lujoso salón vacío. De él pasaron al vestíbulo y por la ancha y alfombrada escalera subieron al piso superior.

Frank empujó una puerta y al encontrar la habitación vacía buscó en la inmediata.

La escena le erizó los cabellos.

¡Porque Rosemary se debatía entre las manos de alguien que, de espaldas, parecía Alistair Champion!

—¡Déjala, Champion! —exclamó Frank, erguido en la puerta, con los puños prietos.

El asesino se volvió. Tenía una expresión enloquecida y los ojos saltones. El ancho bigote temblaba.

Rugió algo. Era realmente atemorizador. Rosemary parecía haber perdido el conocimiento o quizá estaba muerta ya. Amaratado el rostro, abierta la boca, pendiente la lengua inflamada, era horrible su expresión.

—¡Suéltala!

Lo hizo y el cuerpo femenino cayó al suelo. El asesino se movió pesadamente.

—Ha sido una suerte. Los dos moriréis.

—No.

—Esta vez no fallaré.

—Ha llegado el final, Champion.

—Vaya, ahora no dudas de mi identidad. La otra vez dijiste que era un suplantador.

—Y lo sigo diciendo, Champion.

—¿A qué viene ese nombre, entonces?

—Porque usted es Champion, pero no Alistair, mi jefe, sino Glenn, el hermano que aparentemente murió hace muchos años. ¿No es verdad?

—¡Maldito, ahora tienes que morir inmediatamente!

—Lo sé todo. Usted es Glenn Champion. Mató a un hombre y entre usted y Alistair fingieron un suicidio. No podían consentir que usted fuera a la cárcel o se sentara en la cámara de gas. ¿Lo planeó todo Alistair? Creo que sí: tenía talento. Construyeron el refugio en el panteón y durante algún tiempo vivió allí, hasta que la policía dejó de preocuparse por el asunto. Creyeron de verdad que usted se había pegado un tiro en aquella cabaña del monte y al caer había volcado la lámpara de petróleo, incendiando la cabaña de troncos. Su cadáver quedó carbonizado allá y lo reconocieron por el anillo y una pulsera de identificación. Ahora he recordado aquel dramático asunto... ¿Ocurrió así, Champion?

—Sí, pero de nada va a servirte.

—Luego Alistair le sacó del país y le mandó a Ceilán, ¿no es cierto, León Morris?

El asesino rugió:

—¡Sí, maldito entrometido!

—Me falta saber el resto de la historia. ¿Por qué quería matarme?

Glenn Champion avanzó hacia el muchacho. Sus intenciones eran evidentes, pero Frank no se descuidaba. ¡El a su vez también buscaba la oportunidad de un descuido para saltar sobre su

enemigo!

—Alistair me escribió contándome que había caído en una vieja trampa amorosa. Se había casado con Rosemary, una aventurera explotada por un canalla, un tal Rod Taylor. Buscaba solo su fortuna. Alistair lo averiguó porque empezó a sospechar, y encargó a un detective que averiguara el pasado de su mujer.

—Y usted vino para ayudarle.

—Sí; Alistair temía que atentaran contra su vida.

—Por eso le hizo a usted beneficiario mediante testamento y, en cambio, no consintió nunca hacer otro para su esposa.

—Eres un tipo listo, Conrad; lástima que tengas que morir. ¿Cómo sabes esas cosas?

—Vengo del panteón. Allí he encontrado a Birgitt y... una cartera con documentos.

—¿Dónde está?

—Abajo, en el coche.

Champion volvió el rostro hacia la ventana y en aquel instante Frank saltó sobre él.

Se enzarzaron en una lucha feroz, salvaje. Eran como dos fieras que luchan entre sí por la supervivencia. No había nobleza en aquella lucha. Cada uno perseguía tan solo eliminar al otro de la forma más rápida posible.

Se golpearon hasta la extenuación. Glenn Champion era fornido y con una fuerza nada común. Frank, aunque menos vigoroso, poseía una agilidad mayor y, sobre todo, una juventud decidida a triunfar.

Shirl, entre tanto, había acudido junto a Rosemary para atenderla. Afortunadamente no había muerto y bajo sus cuidados empezó a recobrar el ritmo de la respiración.

Frank acorraló a León Morris o Champion contra la pared y allí le golpeó ferozmente hasta desollarse los nudillos. Su enemigo tenía una resistencia de granito, pero a pesar de ello, empezaba a derrumbarse.

Tras otro golpe, el asesino se desplomó. Fuera, en el jardín, se oían órdenes y silbatos. Luego pasos precipitados en la escalera y por fin apareció en la puerta el teniente Vinson seguido por varios policías de uniforme.

De una ojeada captó la escena.

Llevaba en la mano, la cartera de León Morris, que había sido cogida evidentemente del coche de Frank.

Estaba serio, pero en el fondo de los ojos había una lucecita de satisfacción.

—Estaba confundido con usted, Frank —dijo, y se acercó al muchacho a tiempo, para recogerle en sus brazos.

* * *

Al día siguiente, Frank y Shirl firmaban unas declaraciones en la comisaría. Conrad tuvo que hacerlo despaciosamente porque tenía la mano derecha vendada por las magulladuras sufridas en la pelea con León Morris, y también en su rostro se veían parches y escoriaciones que delataban lo violenta que había sido la pelea.

—Asunto concluido —suspiró el teniente Vinson—. Gracias a usted, Frank.

—Cerebro verle amistoso, teniente.

—Sentí de veras mostrarle los dientes, Frank, porque usted siempre me había sido simpático. ¡Pero resultaba todo tan insólito...!

—¿Ha confesado Glenn Champion?

—Por completo. Ocurrió tal como usted supuso. Su hermano le comunicó los antecedentes de Rosemary y Rod Taylor, y le pidió ayuda porque temía que atentaran contra su vida, como así fue. En una carta le mandó también el informe del detective, y en él se mencionaba que usted Frank, había tenido algunas... familiaridades con Rosemary. Eso le impulsó a Glenn Champion a querer matarle también porque supuso que usted había sido en cierto modo cómplice del asesinato de su hermano. Su único fin era el de vengarle, puesto que sus bienes los tenía asegurados mediante el testamento.

—Rosemary y su amigo, en cambio, estaban muy seguros de que todo les pertenecía.

—Al morir su marido sin testar, aparentemente, la ley les otorga todo.

—¿Y mataron a Alistair como yo supuse?

—Sí; Rosemary ha confirmado su declaración. Así fue.

—¿Qué será, de ella?

—¡Le caerán unos años de cárcel porque su defensor se las ingeniará para cargar toda la responsabilidad sobre Rod Taylor! Este hubiera ido a la cámara de gas, pero Glenn Champion lo mató en el garaje, antes de subir en busca de Rosemary, a quién la oportuna llegada de usted salvó la vida.

—¿Y qué le ocurrirá a Glenn Champion?

—Tiene tres muertes en su conciencia: la de Rod Taylor, la de Birgitt y aquel homicidio de hace años. No creo que se salve.

Shirl se incorporó, resuelta.

—No puedo soportar tantos horrores. Vámonos, Frank.

Vinson rio al ver que el muchacho se ponía en pie.

—Pronto empieza usted a obedecer; incluso antes de casarse.

El muchacho rodeó con el brazo sano la juvenil cintura femenina.

—Le invitaré a la boda, teniente, aunque no se portó muy bien conmigo.

—Sean felices, muchachos, y ya saben: no rocen nunca la ley. Ese es el secreto del éxito.

Enlazados, la joven pareja abandonó el despacho.

En el pasillo se besaron sin importarles la mirada reprobatoria de un sargento cascarrabias.

—¡Eh, oiga, les voy a poner una multa por desacato!

Pero ninguno de los dos oyó la amenaza. Fuera de sus labios, no había otra cosa más importante en todo el mundo.

FIN

Clark Carrados
OJOS EN LA OSCURIDAD



APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI

libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**Libros prácticos
para el hogar
moderno**



COLECCION
IRIS

**COMO VIVIR 365 DIAS
AL AÑO**

**ARTRITIS Y SENTIDO
COMUN**

EL ARTE DE DESCANSAR

NUESTRO PRIMER HIJO

BAILAR ES FACIL

VIVIR MEJOR

**VIVA EN PAZ CON
SUS NERVIOS**

**COMO ADQUIRIR UNA
SUPERMEMORIA**

INGLES PRACTICO

CONVERSAR Y CONVENCER

FECUNDACION CONTROLADA

**LA CLAVE DE LA
GRAFOLOGIA**

MEDICINA POPULAR

HIPNOTISMO

VIVIR Y CONVIVIR

RIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
823 — Josefina M.ª Rivas
UN MARIDO INGLÉS

COLEC. "MADREPERLA"
719 — Jesús Navarro
LIÓ PARA MATRIMONIO

COLECCION "ROSaura"
663 — Carlos de Santander
PERFIDIA

COLECCION "AMAPOLA"
550 — G. Colomer
COMPASION Y AMOR

COLECCION "ALONDRA"
484 — María Teresa Sesé
LA CHICA DE LOS
PAJAROS

COLECCION "CAMELIA"
425 — Corín Tellado
CUMPLI MI CONDENA

COLECCION "CORAL"
102 — Corín Tellado
TUYO ES MI CORAZON

COLECCION "CORAL"
222 — Corín Tellado
HAS DE SER TU

COLECCION "BISONTE"
764 — Raf Segrram
UNIDOS POR LA MUERTE

COL. "SERVICIO SECRETO"
628 — Clark Carrados
LA CHICA BAJO EL FAROL

COLECCION "BUFALO"
461 — M. Lafuente Estefanía
LA RONCA VOZ
DEL PLOMO

COLECCION "COLORADO"
253 — Keith Luger
EL BESO DE LA MUERTE

COLECCION "KANSAS"
219 — M. Lafuente Estefanía
EL PISTOLERO DE KANSAS
CITY

COLECCION "CALIFORNIA"
308 — M. Lafuente Estefanía
ATACADORES Y
CUATREROS

COL. "HEROES DEL OESTE"
201 — M. Lafuente Estefanía
LA LEY DE LA POLVORA

COL. "ASES DEL OESTE"
171 — Fidel Prado
LA MUERTE LLAMA
A LA MUERTE

COLEC. "BRAVO OESTE"
83 — Alf Regaldie
ALIAS MANOS LIGERAS

COLECCION "PUNTO ROJO"
17 — Mikky Roberts
DESDE EL MAS ALLA

COLECCION "TEXAS"
329 — Silver Kane
LA CASA DE LOS SIETE
AHORCADOS

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Mora la Nueva, 2 - Barcelona

Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPUBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/50 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-42
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Iztaccíhuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 450 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsilibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.485
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



Audrey Hepburn

N.º 1577

Edda Hepburn Van Heemstra, nació en Bruselas (Bélgica), el día 4 de mayo de 1929. Está casada con el actor Mel Ferrer. La hemos admirado en: "Sabrina", "Historia de una monja", "Guerra y Paz" y "Una cara con ángel".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. ★ Impreso en España - Printed in Spain